



UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Las tesinas de Belgrano

Facultad de Humanidades
Licenciatura en Psicología

La complejidad de los fenómenos migratorios
y su incidencia sobre la subjetividad del
migrante.

Nº 251

Natalia Sarro

Departamento de Investigaciones
Junio 2008

Índice

Índice	3
Agradecimientos	5
Introducción	7
Capítulo 1: Migración.....	9
1.1 Definición	9
1.2 Los motivos de la migración	10
Capítulo 2: Efectos de la migración. Una visión de la complejidad	12
2.1 Migración y trauma	12
2.2 Migración y crisis	13
2.2.1 Crisis cultural	13
2.2.2 El falso self	14
2.2.3 La capacidad de estar a solas	14
2.3 Migración y duelo.....	15
2.3.1 El duelo por la identidad	16
2.4 Migración y familia	17
2.4.1 Los que se quedan	18
2.4.2 La transmisión transgeneracional	19
Capítulo 3: Migración y país receptor.....	21
3.1 La comunidad receptora	21
3.2 El narcisismo de las pequeñas diferencias.....	22
3.3 La alteridad y lo extranjero	22
3.4 La hospitalidad.....	24
3.5 Lo siniestro	25
Capítulo 4: Migración de retorno	25
Conclusiones	27
Referencias bibliográficas	29

Agradecimientos

A mis padres, Antonio y Nicolina -hijos de inmigrantes e inmigrados en primera persona-, por apoyarme más allá de toda condición durante las largas horas de trabajo.

A Evaristo Flores, mi terapeuta, por alojar a la extranjera en mí.

A Jorge Santalla, mi tutor y excelente orientador, por mostrarme en carne propia el arte de las contradicciones.

A todas las personas que me acompañaron en mis grandes migraciones -las que implicaron traslado geográfico, y las otras también- y a las que me acompañan en esta etapa del viaje.

Introducción

“La Complejidad es el desafío, no la respuesta”
Edgar Morin

Cuando se lee como título de una obra “La complejidad de los fenómenos migratorios”, llama especial atención la palabra *complejidad*. Es un término que genera respeto, suena a dificultad. Si se consulta el Diccionario de la Real Academia Española (1983), la palabra complejidad remitirá a lo complejo, definido como aquello que “se compone de elementos diversos”, como algo “complicado, enmarañado, difícil”. Cuáles serían entonces los diversos elementos que componen este fenómeno en particular? En este punto parecen despertarse una serie de interrogantes que van en busca de una respuesta.

Por qué habría de interesar esta problemática a quienes se dedican al estudio de la psiquis humana? Qué se entiende por migración? Quiénes son los que migran y qué motivos los impulsa a ello? Qué le sucede a la gente que abandona su lugar de origen? Sufre? Crece? Y qué sucede cuando el migrante, en tanto extranjero, se encuentra con el otro en el país receptor?

La primera pregunta que es menester responder cuando se habla de fenómenos migratorios -de la multiplicidad de respuestas posibles que podrían darse- tiene que ver con la lente desde la cual se va a analizar este fenómeno.

En este punto es pertinente introducir el concepto de *complejidad* desde la perspectiva que adopta Edgar Morin, quien define el término como un “tejido de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple” (citado en Villanueva Pascual, 2002).

Como afirma Soto González (1999), la tradición occidental se ha basado en el uso lógico y en la racionalidad que responde al paradigma de la simplificación, el cual pretendía idealizar, racionalizar y normalizar. Desde esta perspectiva, la realidad es concebida como algo reducible a conceptos ordenados y ordenadores. Esto presupone un punto de vista absoluto y un observador externo y omnisciente, todo lo cual hace a una concepción epistemológica que implica la idea de una ilusoria objetividad que ha teñido la filosofía y las ciencias clásicas. En la actualidad, este abordaje simplificador ha fracasado y el hombre contemporáneo se enfrenta a la necesidad de plantear un nuevo modo de pensar la realidad.

Ante este estado de cosas, Morin (1984) propone el Paradigma de la Complejidad y postula la necesidad de tomar consciencia de la complejidad de toda realidad (física, biológica, psíquica, social, política, cultural) y del conocimiento de la realidad. Y también, al mismo tiempo de la realidad de la complejidad (Soto González, 1999).

El pensamiento complejo, afirma Morin, implica abandonar la ilusoria pretensión de que es posible eliminar las contradicciones. A fines de abordar la complejidad de los fenómenos, se necesita pensar alternativamente en la complementariedad y en el antagonismo de los conceptos de orden y desorden.

La complejidad conlleva la necesidad de incluir los conceptos de azar e incertidumbre en el análisis de los fenómenos; es un término que alude a relación e inclusión, es multidimensional y englobador (Soto González, 1999).

Si “la complejidad no es solo pensar lo uno y lo múltiple conjuntamente, es también pensar conjuntamente lo incierto y lo cierto, lo lógico y lo contradictorio” (Morin, 1984), se justifica la atención de la presente investigación sobre la vasta complejidad de los fenómenos migratorios y, más específicamente, sobre las contradicciones que desafían la organización psíquica del sujeto. Esto permitirá anular la linealidad causa-efecto y comprender que las causas y los efectos se influyen mutuamente en un proceso de retroalimentación, admitiendo distintos niveles de análisis.

Esta investigación se propone elucidar una visión de conjunto de la complejidad de los fenómenos migratorios y sus múltiples consecuencias psicológicas. Se pondrá el acento en la singularidad de la experiencia para cada sujeto -postulada por el Psicoanálisis desde el concepto de *serie complementaria*- y en las contradicciones que dan a la experiencia migratoria una configuración particular, conduciendo a un enriquecimiento o a un perjuicio en la personalidad.

Continuando con el marco conceptual de la presente investigación, es necesario ubicar al lector en determinadas coordenadas. Y es aquí donde se hará necesario definir la globalización, signada por los vicios y virtudes de la era posmoderna.

Muchos autores han intentado definir este concepto. Para García Canclini (1999), no es cierto mucho de lo que se dice sobre la globalización. Por ejemplo, que uniforma a todo el mundo. La realidad es que ni siquiera se ha logrado consensuar una sola definición de lo que significa globalizarse, ni que los investigadores pudiesen ponerse de acuerdo en cuanto al momento histórico en que comenzó, ni sobre su capacidad de reorganizar o descomponer el orden social.

Para los propósitos de esta investigación interesa destacar que la globalización “es un nuevo régimen de producción de espacio y tiempo” que, si bien produce los beneficios de un mayor intercambio entre

las naciones, deja tambaleando las certezas que daba el hecho de pertenecer a una sola de ellas. Aún no se sabe, aventura el autor, qué hacer con la heterogeneidad, las diferencias y los conflictos que este nuevo régimen pone en evidencia. Se pregunta cómo salir del dilema entre globalizarse y defender la identidad, y luego parece encontrar alivio respondiéndose a sí mismo: “Cuando escuchamos las distintas voces que hablan de globalización, se presentan `paradojas`”

“La globalización, más que un orden social o un único proceso, es resultado de múltiples movimientos, en parte contradictorios, con resultados abiertos, que implican diversas conexiones “local-global y local-local”. (Mato, 1996, citado en García Canclini).

Parafraseando a García Canclini, se sabe que cuando la globalización es la convivencia cercada de muchos modos de vida sin instrumentos conceptuales que propicien su coexistencia, se puede derivar con facilidad en conductas fundamentalistas y de exclusión.

Si “la era posmoderna está determinada por un doble signo de armonización y disonancia en la cual los seres humanos se sienten impulsados a afirmar su diferencia, (Alsina, 2005) justamente porque las diferencias son cada vez menores (Malouf, 1999, citado en Alsina, 2005)”, resulta ineludible preguntarse por “la dialéctica de lo mismo y lo otro”. Para Ricoeur, (1995, citado en García Canclini), reivindicar la identidad conlleva cierto grado de violencia respecto del otro, mientras que el reconocimiento del otro integra directamente la alteridad.

Se debe convivir simultáneamente con la heterogeneidad y la uniformidad, las diferencias y el borramiento de la identidad en un mundo sumido en la incertidumbre. La realidad confronta al sujeto con una modernidad líquida (Bauman, 2005) donde las fronteras se desdibujan junto con las individualidades. Paradójicamente, sostiene el autor, la individualidad es una tarea que la propia sociedad de individuos fija para sus miembros. Ser un individuo -auténtico, único y singular- significa ser como todos los demás del grupo, es decir idéntico a los demás. “Se tú mismo, bebe Pepsi” es una tarea contradictoria, imposible de realizar.

En un mundo globalizado, líquido e incierto, plagado de paradojas, en esta aldea global que se debate entre la alteridad y la individualidad: qué conflictos debe atravesar la subjetividad del sujeto inmigrante?

Así como la globalización, en tanto contexto, puede abordarse como un fenómeno complejo que se presta a diversas definiciones desde distintas narrativas, la subjetividad del migrante también merece ser analizada en su complejidad. Quien se aleja de su tierra de origen, ya sea en forma forzada o voluntaria, de modo definitivo o bien con promesas de retorno, ha sido impulsado por múltiples móviles y simultáneamente debe atravesar una serie de contradicciones y situaciones de incertidumbre y ambivalencia que desafiarán su estabilidad psíquica.

Este interrogante acerca de la subjetividad del migrante plantea la necesidad de abrir un nuevo capítulo en la comprensión de un fenómeno histórico y a la vez siempre actual -el de las migraciones-, que incluya el abordaje de numerosos elementos intervinientes, a la vez complementarios y contradictorios.

A los fines de esta investigación, se utilizarán aportes de diversos lineamientos teóricos, con especial énfasis en el Psicoanálisis de S. Freud y en autores psicoanalíticos contemporáneos que han profundizado en la comprensión de este fenómeno, signado por las vicisitudes de la globalización.

El presente trabajo se ha dividido en 4 capítulos.

El capítulo 1 se referirá a la definición del concepto de migración y a las motivaciones manifiestas e inconscientes que pueden impulsar la decisión migratoria. El capítulo 2 expondrá los múltiples efectos del fenómeno migratorio sobre la subjetividad; a fines de obtener una visión de conjunto, se relacionará la migración con tres conceptos fundamentales de la literatura psicológica: trauma, crisis y duelo. En el mismo capítulo, se dedicará un apartado a abordar algunos elementos de la configuración familiar que se verán afectados por el traslado, así como la incidencia de la partida sobre aquellos que se quedan en el país de origen y las transmisiones transgeneracionales vinculadas a la migración.

El capítulo 3 analizará la relación entre el migrante y el país receptor, en función de la integración del recién llegado a la comunidad local. Se hará foco en los aportes del Psicoanálisis para la comprensión de lo que Freud ha denominado el “narcisismo de las pequeñas diferencias” y su relación con las actitudes xenófobas hacia los extranjeros. Resulta esencial para el abordaje de la complejidad del objeto de estudio la introducción de las nociones de alteridad, lo extranjero, la hospitalidad y lo siniestro, incluidos en este mismo apartado.

El capítulo 4 hará breve referencia a una problemática que suele dejarse por fuera del análisis en la mayoría de las investigaciones: las vicisitudes de la migración de retorno.

A modo de cierre, se formularán las conclusiones correspondientes.

1. Migración

1.1 Definición

La migración es un fenómeno que estuvo presente en todos los tiempos y sociedades y cuyas implicancias han sido abordadas desde diversas perspectivas y áreas del conocimiento.

Si de comenzar por el principio se trata, la primera migración se remonta al mito del Edén (Grinberg, 1984). Adán y Eva, impulsados por la curiosidad -simbolizada por la serpiente- se trasladaron a la zona prohibida del Paraíso, donde se encontraba el árbol del fruto prohibido. Al comer de este fruto, osaron conocer “el bien y el mal”. Esto les valió como castigo la expulsión del Paraíso, y con el exilio perdieron toda condición de gratificación y seguridad y la posibilidad de adquirir un conocimiento más profundo.

El mito de Edipo de la tragedia griega, continúa Grinberg, también denuncia el dolor de la migración. Después del parricidio y el incesto, a Edipo solo le quedó el exilio. El mito de Babel simboliza asimismo el deseo de “llegar al cielo” para alcanzar el conocimiento de otro mundo; pero dicho deseo es castigado con la confusión de lenguas y la imposibilidad de comunicarse.

Para este autor, la migración puede ser considerada no solo desde la mitología, sino también como una metáfora del desarrollo humano. El pasaje de una etapa vital a otra a lo largo de la vida del sujeto implica una sucesión de migraciones, constituyendo el nacimiento, en tanto abandono del claustro materno y pérdida del suministro del cordón umbilical, la primera gran migración. Esto llevará al bebé a atravesar una experiencia altamente traumática, signada por ansiedades y vivencias aterradoras, que resultará el modelo sobre el cual se apoyará todo trauma posterior en la vida del sujeto. Otto Rank (1961, citado en Grinberg) dio a este fenómeno el acertado nombre de *trauma del nacimiento*.

El ostracismo, obligado o voluntario, ha sido tradicionalmente una de las penas más humillantes y difíciles de sobrellevar (Carlisky y Kijak, 1998) y muchos países vieron abandonar en forma masiva a sus pobladores, producto de crisis desencadenadas por conflictos sociopolíticos, económicos, étnicos, religiosos y bélicos, entre otros.

Por qué habría de resultar útil entonces abordar esta temática en las épocas que corren?

La era posmoderna, caracterizada por lo que Lipovetsky (1986) describe como una época de “mutación esencial”, resignifica la noción de migración. Said (citado en Chambers, 1994) señala que la migración y el exilio se han convertido en un poderoso y hasta enriquecedor motivo de la actual cultura, donde las moradas son siempre provisionales.

Los movimientos migratorios han hecho una irrupción brusca en las últimas décadas de creciente globalización. Impregnadas por una movilidad nunca vista y por el borramiento de fronteras entre estados y naciones, las sociedades posmodernas toman el rumbo hacia la conformación de una “aldea global” que se dirime entre la conservación de las identidades locales y la fusión con otras culturas, hasta ahora lejanas e impensadas. La incertidumbre, la velocidad de los cambios y las contradicciones propias de la vida líquida (Bauman, 2005) que se plantea en las sociedades contemporáneas dan una configuración particular a los movimientos migratorios, así como a los efectos sobre la subjetividad de los sujetos que atraviesan dicha experiencia.

Ante este estado de cosas y acorde al marco que la realidad impone, resulta necesario plantear nuevas definiciones del concepto de migración y nuevos modos de comprender la complejidad a la que debe enfrentarse el sujeto en tránsito, desafiado en su capacidad de respuesta y en su estabilidad psíquica.

Dujovne Ortiz (2002) define con claridad a qué tipo de complejidad se enfrenta el migrante.

El que emigra toma una decisión tajante, luego absoluta, pero al hacerlo entra en un mundo relativo, un mundo de “más o menos”, un mundo contradictorio, un mundo fluctuante, un mundo todo hecho de oscilaciones, tanto internas como externas (...) La inmigración, (es) ese modo definitivo de oscilar entre dos polos, el país natal y el de adopción, que divide al inmigrante en dos, pero que también lo enriquece volviéndolo más de uno.

Concomitantemente a la importancia que se le adjudicará al análisis de la complejidad de los fenómenos migratorios, se hará uso en la presente investigación de herramientas de análisis provenientes de la teoría psicoanalítica. La elección de este enfoque teórico tiene sus fundamentos en un contexto histórico.

Psicoanálisis y migración constituyen dos conceptos emparentados históricamente entre sí. Tal como afirma Blanck-Cerejido (2005), la vida del mismo Sigmund Freud, creador del Psicoanálisis, estuvo marcada por varios exilios. Fue un exiliado de la comunidad judía, pues además de no ser religioso, desarrolló una visión libre y revolucionaria de la mente. Estas concepciones, notablemente presentes en el desarrollo del Psicoanálisis, lo alienaron también de la comunidad biomédica vienesa de la que había surgido. El nazismo lo forzó a huir de Viena a Londres en 1938. De modo que su doble exilio, como judío y librepensador, acentuó su visión libre y revolucionaria de la mente. Cabe señalar que esta condición de

exiliado también fue sufrida por muchos colegas de las primeras generaciones que tuvieron que abandonar Alemania, Austria y Hungría y se refugiaron en América antes y durante la Segunda Guerra Mundial.

Este estrecho vínculo entre ambos conceptos acompañó la historia del Psicoanálisis hasta la actualidad. En la Argentina, numerosos psicoanalistas provienen de hogares de padres exiliados o inmigrantes y muchos otros han abandonado en las últimas décadas su país de origen en busca de mejores condiciones de vida en el extranjero, convirtiéndose ellos mismos en inmigrantes. Ambos factores los ha llevado a iniciar un proceso de autoconocimiento y preguntarse por su propio origen, su pasado y sus pérdidas. En definitiva, explorar el impacto sufrido por estas condiciones que formaban parte de su propia identidad.

Una vez planteada la complejidad del fenómeno a abordar y las herramientas de análisis que se habrán de utilizar, se hace menester entonces establecer como punto de partida una de las múltiples definiciones del concepto de migración.

Para Yampey (1982), la *migración* es la movilidad geográfica de las personas que se desplazan ya sea en forma individual, en pequeños grupos o en grandes masas. La migración que da lugar a la calificación de las personas como “inmigrantes” o “emigrantes” es aquella en la que el traslado se realiza de un lugar al otro o de una región a otra suficientemente distinta y distante por un tiempo suficientemente prolongado como para que implique vivir en otro país o región y desarrollar allí las actividades de la vida cotidiana.

Las migraciones pueden ser internas, si el traslado se da entre regiones de un mismo país, o bien internacionales, si se realizan más allá de las fronteras del Estado-nación, atravesando océanos e incluso llegando a otros continentes.

Asimismo, se las puede clasificar en voluntarias o forzadas, adoptando en este último caso el nombre de *exilio* dada la imposición de la partida y la imposibilidad de retorno (Grinberg, 1984). Las migraciones también pueden ser divididas en transitorias o permanentes, dependiendo de la posibilidad del sujeto de regresar o no a su país de origen.

Este conjunto de variables externas otorgan a la calidad de la experiencia migratoria una figura que merece ser analizada en su especificidad a partir de su eslabonamiento con una serie de elementos propios de la personalidad: rasgos psicológicos predominantes, conflictos psíquicos o patologías preexistentes -que habrán de reactivarse o profundizarse a partir de la decisión migratoria como desencadenante-, características del ciclo vital que atraviesa el sujeto al momento de decidir la partida y las tempranas experiencias de la infancia.

Aún realizada en las mejores condiciones y más allá de la singularidad del caso por caso, se sabe que toda migración implica una crisis potencialmente traumática que dejará huellas psicológicas y afectivas duraderas. Las secuelas pueden abarcar descompensaciones psíquicas, trastornos psicósomáticos, rupturas conyugales y familiares, aislamientos sociales, conflictos laborales y económicos. Otros individuos, por el contrario, logran desarrollar mecanismos compensatorios del trauma del desarraigo que genera la migración, lo que les permite sobrellevar la experiencia con mayor éxito (Bar y Cohan, 2000).

1.2 Los motivos de la migración

Cada vez es mayor la frecuencia con que se incluye la posibilidad de emigrar en el proyecto de vida de un sujeto, impulsado por diversos móviles, tales como los deseos de conocer, progresar, descubrir o conseguir un trabajo satisfactoriamente remunerado. Los desplazamientos humanos producto de situaciones de violencia, hambre, conflictos étnicos y persecuciones políticas también merecen ser considerados en su masividad. (Bar, 2001).

Los traslados de familias enteras han sido estudiados por distintos autores, entre los que se cuenta a Silvia Korenblum (2004).

Además de incluir el papel preponderante de la globalización en tanto factor externo, cuando se indaga acerca de las motivaciones que conducen a la decisión migratoria se debe comprender fundamentalmente la singularidad y la multicausalidad que complejizan la experiencia de cada sujeto.

S. Freud utilizó el término *serie complementaria* para explicar la etiología de las neurosis y superar la alternativa que conduciría a optar entre factores exógenos y endógenos, a riesgo de excluir uno de los términos. Estos elementos son en realidad complementarios, de modo que una situación puede estar determinada por una multiplicidad de factores que varían inversamente entre sí: cuanto más débil sea un factor, tanto más fuerte puede ser el otro. Para originarse una neurosis, puede ser suficiente un trauma mínimo si el factor endógeno es intenso, y viceversa. Los elementos a colocar dentro de la serie, a fines de comprender el caso por caso, son: los factores constitucionales, la fijación infantil y los traumatismos posteriores. (Laplanche y Pontalis, 1996).

Basándose en el concepto de serie complementaria, se arriba a una mayor comprensión de las vicisitudes que determinan la decisión migratoria y el modo particular en que se inscribe cada migración en la historia individual del sujeto (Bar y Cohan, 2000). Siguiendo los estudios de estas autoras, se sabe

además que el factor desencadenante manifiesto -lo económico, lo social o lo religioso- puede constituirse en un velo sobre otras motivaciones que conducen a la migración, principalmente sobre aquellas inconscientes.

Las condiciones socio-económicas desfavorables pueden ser utilizadas frecuentemente como racionalización para tomar la determinación de emigrar, encubriendo motivaciones inconscientes tales como los intentos de pseudo-exogamia en sujetos jóvenes que establecen una distancia geográfica respecto de sus familias de origen allí donde se busca una distancia emocional y madurativa. (Bar, 1994).

Otras motivaciones pueden estar relacionadas con el deseo inconsciente de ir en busca del Edén o la "tierra prometida" (ver apartado 1.1) que evoca el ideal de una madre nutricia o incluso con intentos de elaboración transgeneracional de antecedentes migratorios familiares (ver apartado 2.4.2) (Bar, 2001).

Bar y Cohan (2000) toman el complejo de Edipo y el malestar en la cultura de S. Freud para explicar el deseo de migrar desde el conflicto inherente a la condición humana de encontrarse inserto en la cultura:

(El complejo de Edipo) instaura la dimensión social (...). Sus consecuencias giran alrededor de cómo se enfrenta aquello que la cultura nos lleva a amar y al mismo tiempo considerar como lo prohibido: los padres. El tabú del incesto (...) significa para el sujeto que la misma fuente de su deseo es lo prohibido. Y al internalizar este conflicto estamos frente a la dialéctica entre deseo y prohibición que marca la vida del ser humano. (...) La sociedad (...) debe ofrecerle a cambio fundamentalmente seguridad, protección, amparo. Si el sujeto siente que su entorno no le brinda estos cuidados, enfrentará un conflicto con éste y es un momento en el que puede desear o decidir una migración, un cambio de contexto.

La falta de seguridad y protección puede comprenderse entonces como una amenaza real externa al sujeto, que atraviesa al conjunto de la sociedad a la que el sujeto pertenece, tal como las guerras o las persecuciones políticas. Sin embargo, dichas vivencias de desamparo y desprotección también pueden originarse en percepciones subjetivas del sujeto más bien relacionadas con su historia individual y familiar, independientemente de una amenaza real, concreta y visible, para el resto de la sociedad.

De modo que, retomando a Bar y Cohan (2000), para que una situación externa represente un conflicto para el sujeto, ésta deberá evocar una confrontación entre posiciones internas del propio sujeto. Desde Freud, el conflicto psíquico siempre se constituye en un enfrentamiento entre instancias encontradas.

En este sentido, y continuando con el concepto de serie complementaria, Bar (1998, citado en Bar y Cohan, 2000) afirma: "La migración puede volverse traumática al predominar el sentimiento de desamparo; sus vicisitudes dependerán de experiencias anteriores de pérdidas, separaciones, abandonos personales o familiares". (La relación entre trauma y migración se analizará en detalle en el apartado 2.1).

Dada la serie complementaria de cada sujeto, la existencia de elaboración previa del proyecto migratorio determinará asimismo el grado de compromiso de la personalidad y la intensidad de la regresión del sujeto en los primeros tiempos, con riesgo de desintegración y pérdida de límites yoicos en situaciones extremas. (Bar, 1994). Bar introduce además el concepto de crisis como factor desencadenante y a la vez como consecuencia de una migración, debido a la angustia y la desorganización psíquica a la que se expone el migrante. De la rápida recuperación de tales estados de desorganización dependerá el pronóstico favorable del proyecto migratorio.

De un modo u otro, es claro que el deseo de partir comporta un conflicto de ambivalencia generado por dos actitudes básicas que Balint (1959, citado en Grinberg, 1984) define como: *ocnofilia*, referida a la tendencia a aferrarse a lo seguro y estable y a mantener relaciones de apego, y el *filobatismo*, como una orientación a la búsqueda de emociones y experiencias nuevas y una menor dificultad para separarse de los objetos. Grinberg sostiene que una buena integración de ambas categorías resultaría lo más deseable, dado que ninguna de ellas constituye en sí misma un índice de salud mental.

Por lo expuesto hasta aquí, se concluye entonces que la decisión de emigrar puede presentar un conflicto de ambivalencias y que hay factores desencadenantes manifiestos y motivaciones inconscientes que influyen en ella. Entre los primeros se cuentan los factores socio-políticos, económicos, étnicos y religiosos. Entre los segundos puede pensarse en la búsqueda de una tierra idealizada ante la percepción de un entorno que ya no parece ser seguro o una crisis vital del sujeto y su necesidad de exogamia respecto de la familia de origen. En muchos casos, los desencadenantes manifiestos encubren motivaciones latentes, que para ser develadas requieren de un análisis más profundo de la historia individual y familiar del sujeto.

Esto permite vislumbrar la importancia fundamental de trabajar en la elaboración previa de la decisión migratoria, así como sobre sus efectos, con el propósito de lograr una transformación creativa de la experiencia y fortalecer la personalidad.

A modo de síntesis, resulta esencial destacar que los aportes de los autores más arriba citados permiten arribar a la idea de que la decisión de emigrar se origina a partir de una multiplicidad de factores,

en algunos casos contradictorios, que hacen a la singularidad de las vivencias. Entre estos factores se cuentan:

- 1) un interjuego de factores exógenos y endógenos complementarios,
- 2) un estado de conflicto psíquico entre instancias internas del sujeto frente a lo deseado y lo prohibido y
- 3) una interdependencia de motivos conscientes e inconscientes que se enlazan de un modo particular.

Es fácil deducir entonces que las experiencias migratorias constituyen un fenómeno complejo, múltiplemente determinado y a la vez capaz de generar múltiples efectos, haciendo necesaria una evaluación de diversos niveles de análisis para su comprensión.

2. Efectos de la migración.

Una visión de la complejidad

Si bien la migración genera efectos en numerosas áreas de funcionamiento del sujeto, en este apartado se profundizará específicamente en el análisis de aquellos aspectos que se consideran más significativos para vislumbrar su complejidad, sin por ello desestimar la influencia de los elementos restantes que exceden el propósito de la presente investigación. Inicialmente se relacionará la migración con el concepto de trauma y el sentimiento de desamparo como reacción característica. Luego se hará referencia a la noción de crisis y a la patología del falso self como una solución de compromiso frente a la desorganización generada por dicha crisis; asimismo se destacará la importancia de la adquisición de la capacidad de estar a solas del migrante. A continuación, se analizarán las implicancias de los duelos migratorios, haciendo énfasis en las pérdidas asociadas a la noción de identidad. Hacia el final del capítulo, se hará hincapié en la incidencia familiar y transgeneracional de los fenómenos migratorios, así como en la experiencia de los miembros de la familia que permanecen en el país de origen.

2.1 Migración y trauma

Diversos autores han estudiado el concepto de trauma y algunos otros lo han utilizado como herramienta de análisis para una mayor comprensión del valor traumático de la experiencia migratoria.

Por ello se comenzará por definir qué se entiende por trauma.

Siguiendo al Diccionario de Psicoanálisis (Laplanche y Pontalis, 1996), el término *trauma* proviene del vocablo griego que significa "herida" y lo define como:

Acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica. En términos económicos, el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivo en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones.

Continuando con Laplanche y Pontalis, quienes conceptualizan el trauma fundamentalmente desde la obra freudiana, el aflujo de excitaciones supera el umbral de tolerancia psíquica del sujeto, ya sea producto de un único suceso extremadamente violento o bien a raíz de una sumatoria de excitaciones que incapacitan la descarga de tal cúmulo excitatorio, haciendo que el trauma persista en la psiquis del sujeto como un "cuerpo extraño". Hay ciertas condiciones específicas que otorgan el valor traumático a un acontecimiento, a saber: las circunstancias psicológicas del sujeto durante la ocurrencia del suceso, las dificultades del sujeto para reaccionar en forma apropiada y el conflicto psíquico que obstaculiza las defensas y la integración de la experiencia vivida a la personalidad consciente.

Estos autores, subrayando los aportes de Freud, hacen referencia al traumatismo como parte de una serie complementaria, en la cual la predisposición dada por factores exógenos y endógenos de la vida infantil de cada sujeto en particular se eslabonará con el acontecimiento traumático que sobreviene en un segundo tiempo.

Otro de los aportes a la comprensión del trauma fue realizado por G. Pollock en 1967 (citado en Grinberg, 1984), quien definió tres elementos para entender las situaciones traumáticas, a los que denominó "*las tres P*": *predisposición, precipitación y perpetuación*. Al decir de Pollock, hay factores no necesariamente traumáticos que pueden generar una predisposición en el sujeto para que otros sucesos igualmente no traumáticos provoquen determinadas reacciones. Estas respuestas, a su vez, pueden ser duraderas en el tiempo en la medida que se expongan a la repetición, instaurando la modalidad de una "situación traumática crónica".

Grinberg (1984) relaciona el concepto de trauma con la migración y entiende el fenómeno migratorio como una experiencia múltiplemente determinada. No se trata de una situación traumática que puede reducirse al momento de la partida del lugar de origen o al de la llegada al país de destino, sino que

confluye una constelación de factores que desencadenarán ciertos síntomas, como las manifestaciones ansiosas (síntomas fóbicos, sueños, pesadillas, insomnio). Asimismo, hace referencia al concepto freudiano de *compulsión a la repetición* para explicar la repetición de sueños como intento de revivir y elaborar el trauma migratorio y como tendencia a colocarse nuevamente en el acontecimiento traumático.

Continuando con los estudios de Grinberg, la reacción característica frente a la vivencia traumática de la migración es el *sentimiento de desamparo*, basado en el modelo de trauma del nacimiento postulado por O. Rank (1961, citado en Grinberg). La intensidad de dichos sentimientos de angustia dependerá del sufrimiento experimentado por situaciones significativas de carencia y abandono en los primeros años de vida. Las diversas reacciones frente a la migración en tanto experiencia traumática dependerán de numerosos elementos, entre los que se cuenta la personalidad previa del sujeto, e incluso podría darse un “período de latencia” antes de manifestarse los efectos del hecho traumático, tales como los frecuentes “duelos postergados” del migrante. De este modo, concluye que la migración, caracterizada por una serie de acontecimientos traumáticos parciales, forma parte de los llamados “traumatismos acumulativos”, con reacciones no siempre aparentes pero de efectos “profundos y duraderos”.

Bar (1994), desde sus valiosos aportes al estudio de los complejos fenómenos migratorios, coincide con Grinberg en cuanto a que el potencial traumático de la migración está determinado por la predominancia del sentimiento de desamparo y los antecedentes históricos de cada migrante en relación a la calidad de sus experiencias anteriores de pérdidas y separaciones personales o familiares. Y menciona además la importancia de los efectos transgeneracionales de la experiencia migratoria y su elaboración en manos de generaciones posteriores. (Bar, 2003). Se analizará este último punto en el apartado 2.4.2.

Yelin (2003), por su parte, sostiene que el “espacio de amparo” es la trama constituida por todo aquello que une al sujeto a su mundo conocido en el lugar de origen (la relación con los familiares y amigos de la infancia, la imagen de los otros acerca de uno mismo, el sentimiento de tiempo y espacio, la relación con el lenguaje verbal y no verbal, entre otros). En la vida cotidiana, esta trama no suele ser advertida, sin embargo al emigrar, se produce una ruptura con todo aquello que proveía de sostén al sujeto, constituyéndose en una significativa fuente de sufrimiento que conduce a la necesidad de reconstruir un nuevo espacio de amparo en el país receptor.

Para Yelin, “emigrar es quedar para siempre con los pies bien plantados... en el aire, es dejar de pertenecer incondicionalmente. Y esta pérdida es lo que lastima irreversiblemente la trama del espacio de amparo.”

Hasta aquí se ha hecho referencia al potencial traumático de la migración y a sus consecuencias sobre la organización psíquica, siendo la más característica la vivencia de desamparo, en relación con la calidad de las experiencias tempranas de pérdida del sujeto. Esto permite suponer entonces que la migración, en tanto experiencia multideterminada y capaz de generar a su vez una multiplicidad de efectos al corto y largo plazo, no podría ser abordada desde una perspectiva lineal. La migración adquiere valor traumático a partir de su eslabonamiento con factores complementarios tales como la disposición previa infantil, la capacidad de respuesta específica del sujeto, los recursos defensivos y la exposición a la repetición. Por lo tanto, solo un abordaje integral de la complejidad de todos estos elementos en interrelación permitirá predecir los alcances del impacto traumático en cada sujeto atravesado por la experiencia migratoria.

2.2 Migración y crisis

Habiendo determinado el valor de trauma que puede adquirir la experiencia de migrar, se hará referencia en este apartado a la relación de la migración con el concepto de crisis.

Se sabe que una migración implica, aún realizada bajo las mejores condiciones, experimentar una crisis potencialmente traumática que deja profundas huellas psicológicas y afectivas visibles en el tiempo. La migración expone al sujeto a un doble trabajo: elaborar, por un lado, el duelo por lo perdido (tema que se abordará en profundidad en el apartado 2.3) y por el otro, enfrentarse con lo nuevo y desconocido, debiendo manejar las ansiedades propias de toda situación de cambio (Bar y Cohan, 2000).

Las crisis son períodos de transición que representan para el sujeto un doble signo: oportunidad de crecimiento y a la vez peligro y riesgo de ruptura. La experiencia traumática de la migración puede representar una situación de crisis, que pudo haber sido la motivación para tomar la decisión de migrar, o bien la consecuencia de la migración.

2.2.1 Crisis cultural

Si bien la literatura psicológica ha hecho referencia a numerosos tipos de crisis, entre las cuales pueden contarse las vitales, las patológicas y las accidentales, entre otras, algunos autores (Bar, 2001; Eiguier, 2002) han hablado de la “crisis cultural” que atravesará el migrante, al verse obligado a enfrentar la nueva cultura del país receptor y a dar por perdido el apuntalamiento constitutivo de su identidad cultural proveniente del país de origen. Los sistemas sociales de representaciones (los mitos, los modos de vida, los

modelos educativos y culturales, las formas de socialización) constituyen códigos comunes de referencia transmitidos desde la temprana infancia, primero sobre la base de los gestos maternos y el grupo primario de pertenencia y reforzados luego por la pertenencia a los grupos secundarios de la vida social (escuela, amigos, compañeros). Esta base cultural compartida es uno de los elementos constitutivos del psiquismo dado que representa la parte cultural de la identidad, garantizando el cálido y cómodo sentimiento de "lo familiar". Solo a partir de la ausencia de este marco cultural se vuelven visibles para el sujeto aquellos elementos que compartía con otras personas de su mismo medio. Durante la estadía en un sitio con una cultura distinta a la propia, el contexto grupal deja de cumplir esta importante función de continencia y de confirmación del sentimiento de pertenencia, desencadenando regresiones y angustias extremas.

Se puede producir entonces, afirma Bar, un "conflicto de lealtades" que pone al sujeto frente a un dilema. Por un lado, siente deseos de integrarse a la nueva cultura e incorporar lo novedoso. La amenaza de marginalización lo apura a adoptar gustos, costumbres e idioma. Por el otro, sus deseos de integración están refrenados por el temor, no siempre consciente, de perder la propia cultura y renunciar a sus orígenes. Para el sujeto, su ser se confunde con sus raíces y éstas le resultan inconciliables con la supervivencia en la nueva sociedad. Un modo de resolución posible de este conflicto puede ser el surgimiento de patologías de la identidad que le permitan conservar el vínculo íntimo con la cultura de origen y a la vez adaptarse a la nueva cultura.

2.2.2 El falso self

Eiguer (2002) define al *falso self* como la vía de hiperadaptabilidad que toma el migrante, a costa de su self auténtico, acondicionando en forma parcial y localizada una parte de su vida psíquica a fines de ajustarse a las exigencias de la nueva sociedad. La pasividad, la docilidad, la sumisión y la alienación de sí mismo son algunas de las características de los sujetos cuya organización psíquica ha tomado la vía del falso self. Sus vínculos son volubles y tienden a ligarse en forma muy superficial a otras personas, mimetizándose con sus interlocutores y reproduciendo las expectativas o las elecciones de estos. Para Eiguer, "el malentendido del inmigrante" reside en la creencia de que la integración implica la renuncia a un aspecto de su identidad y sostiene que dicha integración puede ser menos dificultosa si el migrante sabe reconocer en sí mismo la presencia de un extranjero. Del modo en que el sujeto negocia el desprecio y rechazo interno que le provocan ciertos aspectos de sí mismo dependerá la cualidad del rechazo o simpatía que despierte en los autóctonos de la nueva sociedad.

En base a los estudios de Winnicott en 1971, Grinberg (1984) refiere la necesidad del migrante de un "espacio potencial" que le sirva de lugar de transición entre el país materno y el nuevo mundo externo, que facilite la posibilidad de vivir la migración como un "juego" entre el adentro (grupo de pertenencia) y el afuera (grupo de recepción en el país de destino). Si este espacio potencial no puede ser recreado, se produce la ruptura en la relación de continuidad con el entorno.

Por lo tanto, la capacidad de elaborar en un tiempo relativamente breve el estado de desorganización provocado por la crisis migratoria determinará la posibilidad de una resolución exitosa y el consiguiente desarrollo del potencial creativo del sujeto (haciendo de la crisis una oportunidad de crecimiento); de lo contrario es esperable el padecimiento de distintas patologías psíquicas o físicas. (Grinberg, 1984)

2.2.3 La capacidad de estar a solas

"Dentro del espacio potencial entre el self y el objeto se sitúa la dimensión de la ausencia,
esencial para el desarrollo psíquico".
André Green

La capacidad de estar a solas aún en presencia del otro, cuestión profundamente estudiada por Winnicott (1961), es uno de los rasgos más significativos de madurez en el desarrollo emocional. Se refiere a una adquisición alcanzada durante la niñez sobre la base de la capacidad de manejo de los sentimientos ambivalentes frente a la pareja de padres y la tolerancia a la exclusión, con las concomitantes vivencias de celos y odio frente a ellos. La habilidad para establecer una relación de confianza y una buena integración de los objetos internos permitirá que se mantenga esta capacidad de estar a solas durante la evolución hasta la vida adulta y constituirá la base para tolerar futuras separaciones y la ausencia de objetos externos conocidos. (Grinberg, 1994).

Es fácil comprender entonces, que la situación de soledad, desde la perspectiva de Winnicott, está despojada de toda connotación persecutoria. La experiencia de estar solo es gratificante y al lograrla, se constituye en un indicador de integración personal.

En este punto es menester plantear, sin embargo, otra faceta de este concepto. Para Calzetta (2004), el problema de la soledad es territorio de lo ambiguo por excelencia, poniendo a quien lo aborda frente al

par de opuestos fusión-separación, pieza clave de la dialéctica constitutiva del psiquismo. Cuando la soledad adquiere una tonalidad afectiva displaciente, queda ligada a la vivencia de abandono de los primeros estadios de la vida, y el sujeto se siente víctima de la desaparición del otro y el retiro de su amor.

Calzetta plantea el dilema del siguiente modo: por un lado, solo a partir de la toma de conciencia de lo inevitable de la propia soledad es posible intentar el encuentro con un objeto. Sin embargo, por otro lado se ponen en marcha numerosas maniobras de desmentida a fines de evitar tal toma de conciencia. El Yo debe poder aceptar la posibilidad de la pérdida del objeto; para ello es necesario concebir la soledad sin confundirla con la aterrorizante vivencia de abandono que remite al momento de desvalimiento infantil.

Este dilema es aplicable a numerosos ejemplos dentro del fenómeno migratorio que se aborda en la presente investigación. Para el migrante que se encuentra solo en un país desconocido, sin la presencia de los lazos afectivos que lo unen a su tierra de origen y a sus vínculos de pertenencia, se le presenta una disyuntiva entre la necesidad de fusión y la de separación respecto de los elementos constitutivos de la identidad provenientes de la cultura materna. Si el sujeto no posee los recursos necesarios para resolver la ambigüedad que le plantea la crisis migratoria, le resultará imposible integrar la novedosa experiencia como una oportunidad de gratificación y crecimiento personal. Esto puede conducirlo a vivenciar la soledad y el aislamiento como una situación aterrorizante y persecutoria equivalente a la que atraviesa el psiquismo en los primeros años de vida. Desarrollar la capacidad de estar a solas y aceptar la pérdida de los objetos relativos al país de origen –y la incertidumbre concomitante de no saber si hay retorno posible a ellos- le permitirá al sujeto constituir lazos con la nueva cultura, los valores, las personas, el idioma y todo aquello vinculado al país receptor, y recrear de este modo un espacio potencial que facilite la adaptación al nuevo medio.

2.3 Migración y duelo

"Hemos visto mil veces el café de la esquina, el árbol del patio, la cara del vecino. Pero esta mirada del que está por irse es una fotografía en blanco y negro de una alucinante nitidez".
Alicia Dujovne Ortiz

La migración es un fenómeno que expone al sujeto a un incalculable número de pérdidas y renunciaciones que pueden resumirse en la frase popular, tan sencilla como sabia: "Partir es morir un poco". Como se verá más adelante en este apartado, la elaboración del duelo migratorio comporta diversos conflictos que desafían la estabilidad psíquica y que le imponen al sujeto la necesidad de una resolución de las contradicciones. Para ello se tomarán los conceptos de Dujovne Ortiz (2002) y Grinberg (1984) acerca de la ambivalencia de la partida, de Freud (1915) en su comprensión del proceso del duelo y finalmente de Grinberg (1980; 1984) en su abordaje del sentimiento de identidad.

Se sabe que cuando la migración se configura como una situación altamente traumática, es esperable una regresión y la aparición de conductas maníacas, tales como el uso de la negación, la omnipotencia y la idealización, mecanismos defensivos que imposibilitarán la elaboración normal del duelo migratorio y hasta podrían conducir a nuevas migraciones. (Carlisky y Kijak, 1998)

Uno de los ejemplos más característicos puede observarse en el hecho de que el migrante se dirime entre sentimientos ambivalentes de idealización y rechazo hacia el país que deja como hacia aquel que lo va a recibir.

El sitio que se piensa abandonar puede ser magnificado en sus defectos en la búsqueda de motivos que refuercen la decisión de partir, complementado con la tendencia de sobreestimar las virtudes del país receptor. Sin embargo, esta polarización puede invertirse rápidamente, haciendo que el migrante deba atravesar sentimientos contradictorios. (Grinberg, 1984)

Dujovne Ortiz (2002) describe esta primera contradicción del migrante de un modo poético pero contundente:

Los que no se despiden por adentro y por completo como condición previa al adiós expreso y declarado se quedan dando vueltas, regresando a casa una y otra vez para recriminar y llorar y despedirse de nuevo. Mejor las despedidas que no dejan más dudas, más arrepentimientos, las buenas despedidas que permiten apreciar en su justo valor lo que se deja, en vez de denigrarlo y añorarlo interminablemente, como en un tango.

Grinberg (1984), refiriéndose a los duelos en las migraciones, afirma:

La pérdida de objetos es masiva, incluyendo los más significativos y valorados: personas, cosas, lugares, idioma, costumbres, clima, a veces profesión y medio social o económico, etcétera, a todos los cuales están ligados recuerdos e intensos afectos, como así también están expuestos a la pérdida partes del self y los vínculos correspondientes a esos objetos.

Para este autor, las condiciones en que se realiza la migración determinan los contenidos del duelo, el tipo y la intensidad de las ansiedades predominantes y las posibilidades de defensa y elaboración del sujeto. En este sentido, el hecho de abandonar un país como consecuencia de una persecución política o religiosa movilizará ansiedades paranoides, mientras que la partida voluntaria en busca de progreso laboral o económico puede despertar ansiedades de tipo depresivas y sentimientos de culpa.

Del mismo modo, el hecho de tratarse de una migración definitiva o transitoria, voluntaria o forzada, determinarán la posibilidad o no de retorno y la extensión de las pérdidas, dificultando o facilitando la elaboración del proceso de duelo.

Ante este estado de cosas, y retomando a Grinberg, la posesión de un vínculo con un objeto interno estable y seguro y la consecuente solidez del sentimiento de identidad fortalecerá la capacidad de afrontamiento del sujeto de las tremendas pérdidas que comporta una migración. Asimismo, le permitirá tolerar y elaborar los cambios externos e internos y hasta enriquecerse con ellos.

En "Duelo y melancolía" (1915), Freud define el *duelo* como "reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente: la patria, la libertad, el ideal, etc. (...) Se trata de un estado que le impone (al sujeto) considerables desviaciones de su conducta normal (...) que al cabo de un tiempo desaparecerá por sí solo y juzgaremos inadecuado e incluso perjudicial perturbarlo".

Freud sostiene que el duelo intenso implica desinterés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de elegir un nuevo objeto de amor que sustituya al desaparecido y una inhibición del Yo que no le deja espacio para otros propósitos o intereses.

En el fenómeno migratorio, los numerosos duelos provocan un conflicto que coloca al sujeto frente a un dilema: aceptar la realidad insoslayable de dar el objeto amado por perdido, en este caso la madre-patria, o bien negar la pérdida a fines de mantener ilusoriamente el vínculo con dicho objeto. Tal como se anticipó al comienzo de este apartado, aquí se observa la segunda de las contradicciones a las que debe enfrentarse el migrante en su atravesamiento del proceso de duelo.

Freud (1915) expresa este conflicto del siguiente modo: "El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado no existe ya y demanda que la libido abandone todas sus ligaduras con el mismo. Contra esta demanda surge una oposición naturalísima, pues sabemos que el hombre no abandona gustoso ninguna de las posiciones de su libido, aun cuando les haya encontrado ya una sustitución." Y continúa: "Esta oposición puede ser tan intensa que surjan el apartamiento de la realidad y la conservación del objeto por medio de una psicosis desiderativa alucinatoria".

Atchotegui (2004, citado en Casals, 2005) postula 7 duelos que atravesará el migrante y que se enumerarán a continuación a fines de obtener una visión general de las múltiples facetas que definen el duelo migratorio.

- 1) El duelo por la separación de familiares y amigos
- 2) El duelo por la lengua materna
- 3) El duelo por la cultura
- 4) La pérdida de los paisajes y la tierra
- 5) La pérdida del estatus social
- 6) La pérdida del contacto con el grupo étnico de origen
- 7) La pérdida de la seguridad física

Entre todas las pérdidas y renunciaciones que tiñen la experiencia del migrante, merece especial atención uno de los duelos más significativos que tiene lugar en el proceso migratorio: el duelo por la identidad, al que se hará referencia en el siguiente apartado.

2.3.1 El duelo por la identidad

La migración es un acontecimiento en la vida de un individuo que no solo pone en evidencia, sino también en riesgo una de las posesiones psíquicas más preciadas: el sentimiento de identidad. Es una conmoción que sacude toda la estructura psíquica, más expuesta a sus consecuencias, cuanto menos fortalecida se encuentre. La mayoría de los autores coincide en que la continuidad y la mismidad son características fundamentales que hacen a la identidad y posibilitan que cada individuo sea distinto de los demás y, por consiguiente, único. Se sabe además que la experiencia emocional de la identidad está dada por la capacidad del individuo de seguir sintiéndose el mismo en la sucesión de cambios. Para mantener la experiencia de "sentirse sí mismo" en su lucha por la autoconservación, el migrante tiende a aferrarse a distintos elementos de su ambiente materno, tales como objetos familiares y recuerdos de la cultura de origen. (Grinberg, 1980; Grinberg, 1984).

Erikson hablaba ya en 1956 de la identidad como un término que expresa "una relación entre un individuo y su grupo", connotando la mismidad a partir de cierto carácter esencial compartido con los otros. Jacobson (1969) hace referencia a una "entidad organizada y diferenciada" separada del ambiente

circundante, con continuidad y capacidad de seguir siendo la misma frente a los cambios externos (citado en Grinberg, 1980).

En 1980, Grinberg define el concepto de identidad como el resultado de un proceso de interacción continua entre tres vínculos de integración: espacial, temporal y social, y sus logros: los sentimientos de individuación, mismidad y pertenencia, respectivamente.

El vínculo de integración espacial conduce al sentimiento de individuación: comprende la relación de las distintas partes del self entre sí y permite el contraste con los objetos y la diferenciación self-no self.

El vínculo de integración temporal, continúa Grinberg, es el que otorga la base al sentimiento de mismidad, estableciendo una continuidad entre las distintas representaciones del self en el tiempo.

Y finalmente el vínculo de integración social, uno de los más manifiestamente afectados por la migración, es el que posibilita el sentimiento de pertenencia dado por las relaciones entre aspectos del self y aspectos de los objetos por mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva.

Estos tres vínculos funcionan en forma simultánea en la constitución de la identidad y la migración podría provocar perturbaciones en todos o alguno de ellos. Uno de los trastornos más significativos en la migración es el que se da en el vínculo espacial, donde pareciera que el sujeto no puede juntar en forma armónica las distintas piezas de su identidad y se extraña de sí mismo. Tomando a Grinberg, se observa entonces otro de los tantos dilemas que desafían al migrante: el deseo de confundirse con los otros para no sentirse distinto ni marginado, en oposición al deseo de diferenciarse para continuar sintiéndose "él mismo". Este conflicto puede acarrear sentimientos de desrealización y despersonalización y estados confusionales que ponen en grave riesgo el sentimiento de individuación.

Recordando las nociones de visión de conjunto de la complejidad de las migraciones planteadas al inicio de esta investigación (ver Introducción), es pertinente en este punto poner de manifiesto la tercera contradicción inherente al duelo migratorio, anticipada ya al comienzo de este apartado. En este caso, dicha contradicción está asociada a la incidencia de la migración, a veces devastadora, a veces enriquecedora, sobre el sentimiento de identidad. Grinberg lo ejemplifica, afirmando que, contrariamente a lo que se puede suponer, no siempre las migraciones resultan desestabilizadoras para el sentimiento de identidad. En forma consciente o inconsciente, la decisión de migrar puede representar en algunos casos el intento de afianzar la identidad a través del traslado a los lugares físicos donde nacieron los ancestros del individuo. Las narraciones familiares y las tradiciones pueden conducir al anhelo de reencuentro con los orígenes e impulsar una migración al "terruño" que representa las propias raíces.

Recapitulando, se han observado en el duelo migratorio tres contradicciones fundamentales:

- 1) los sentimientos ambivalentes de idealización y denigración, respecto del país de origen y del país receptor;
- 2) el dilema entre la aceptación de la nueva realidad y la negación de la pérdida de la madre-patria y
- 3) la migración como un fenómeno doblemente determinante, capaz de desestabilizar el sentimiento de identidad a partir del traslado que el sujeto inició, paradójicamente, con el objetivo de reencontrarse con las raíces de su identidad.

Se puede concluir entonces que no hay dos duelos iguales. El modo particular de elaboración de estos conflictos y sus ansiedades concomitantes determinará la forma que adquiere el proceso de duelo en cada migrante. Las consecuentes desestabilizaciones psíquicas o bien las ganancias que conlleva para la construcción de la identidad y la buena integración al país receptor hacen a la singularidad del atravesamiento de los duelos de cada sujeto.

2.4 Migración y familia

"Irse sigue siendo una señal de poder. Ilusoria señal o confusión surgida del sueño soñado de otros (...) Hemos cargado con el sueño y su decepción, y entonces lo hemos resoñado todo pero al revés, en dirección contraria, yéndonos imaginaria o auténticamente para Europa como rehaciendo un camino, como corrigiendo un error porque el abuelo, para muchos de nosotros, se equivocó de barco".

Alicia Dujovne Ortiz

Del universo posible de migraciones, algunos autores han aislado la problemática de la familia migrante a fines de comprender los mecanismos que operan en ellas.

En su obra "Familias en tránsito" (2003), Silvia Korenblum analiza las características específicas de un tipo de migración calificada que ha ido en aumento con la globalización de las últimas décadas. Se trata de las familias que, por motivos laborales, académicos o económicos de uno de sus miembros, se trasladan en forma transitoria, como es el caso de diplomáticos, ejecutivos de empresas, deportistas, estudiantes universitarios y becarios, entre otros. La condición del traslado de la totalidad de la familia merece el estudio de la especificidad que adquiere la migración en estos casos: las funciones de cada

integrante de la familia durante el proceso de adaptación, la modificación de las fronteras relacionales, la identidad individual y grupal y la modalidad de atravesamiento de los duelos en cada miembro.

Siguiendo el análisis de Korenblum, en las “familias en tránsito” las mudanzas internacionales pueden funcionar como disparadores de viejos conflictos, que son precipitados a partir de la conmoción de la migración y sus múltiples pérdidas y renunciaciones, o incluso pueden “congelarse” los conflictos existentes con la familia extensa que permanece en el país nativo, la cual es idealizada durante el tiempo de expatriación.

Uno de los rasgos propios de las familias migrantes, continúa la autora, es que las crisis de desarrollo esperables de acuerdo a la fase evolutiva que transitan sus individuos (tales como la infancia, la adolescencia, la etapa del nido vacío, etc.) se entrecruzan con las crisis por los sucesivos traslados y desplazamientos. Esto puede conducir a sentimientos de aislamiento, confusión y culpabilidad, que le otorgan a las crisis normales una apariencia de anormalidad, y consecuentemente puede producir un desequilibrio entre las demandas de la situación y los recursos de la familia para afrontarla.

Uno de los elementos a destacar del análisis de Korenblum es la importancia que le atribuye a la singularidad de la experiencia de cada individuo, aún tomando al grupo familiar como un todo. Las diversas reacciones ante el shock cultural, el modo particular de transitar el duelo migratorio y los recursos y tiempos empleados para lograr la reorganización de la identidad hacen a la heterogeneidad de la experiencia de cada uno de los miembros de la familia.

2.4.1 Los que se quedan

La frase popular “partir es morir un poco” es válida tanto para el que se va como para el que se queda, dicen algunos autores.

Las reacciones de las personas que se quedan cuando otros migran -principalmente las de los miembros de la familia- son tan complejas como las que atraviesan quienes protagonizan la migración en primera persona. El modo particular de tramitar el duelo y las pérdidas está relacionado con la calidad de los vínculos que los unen a aquellos que decidieron partir.

En el caso de los miembros del grupo de pertenencia (generalmente amigos, colegas, compañeros de trabajo), Grinberg (1984) sostiene que se observa el pasaje por estados emocionales diversos, desde sentimientos de pérdida y vacío hasta envidia y hostilidad al enterarse del proyecto migratorio del sujeto que se va. Es frecuente que el que parte se haga depositario de las proyecciones de distintas clases de fantasías de su familia y grupo de pertenencia, quienes utilizarán diversos procesos defensivos para contrarrestar el dolor. Entre estos mecanismos se cuentan:

- 1) defensas paranoides: se manifiesta reacciones de ira o enojo, al sentir el abandono del ser querido como una traición;
- 2) defensas maníacas: se niega la importancia o la magnitud de la separación, asegurando que “pronto volverán a verse” (incluso en muchos casos donde las condiciones que determinan el exilio no permitan considerar la posibilidad de retorno);
- 3) defensas depresivas: se asume una identificación melancólica con el que se ausenta, atravesando la ambivalencia característica de los procesos de duelo por la cual el sujeto se autoculpabiliza por la pérdida de aquel que migra.

El entrecruzamiento de ansiedades de distinto tipo en las familias que se quedan se manifiesta frecuentemente en las situaciones de ambivalencia de muchos padres ante la partida de los hijos. Por un lado, sienten enojo hacia la propia patria, que “expulsó” a sus hijos destinándolos a forjar un futuro en otro país en busca de mejores condiciones socio-económicas, políticas o laborales que las que existen en el país de nacimiento, destruyendo de este modo la ilusión de un proyecto familiar compartido. Por el otro, atraviesan sentimientos de culpa producto de la creencia de no haber sabido “prepararles” a sus hijos un país digno de ser habitado. “Sabemos que les dimos alas y raíces”, es la frase de Rosa Garcés (2003) que parece representar con mayor claridad la ambivalencia de la experiencia familiar.

Los padres de un hijo que abandona el país de origen, ejemplifica Grinberg (1984), pueden no solo experimentar la pérdida del hijo como si se tratara de su muerte, sino que pueden temer también la proximidad de su propia muerte sin volver a verlo. Es una situación que se presenta como desgarradora, donde se mezclan ansiedades depresivas y persecutorias. Pueden incluso fantasear que el hijo, en tanto causante de su dolor, les “arrebata tiempo de vida”. Estas partidas pueden ser ocasión de sentimientos ambivalentes en los padres, principalmente en aquellos casos en que predominan conflictos de rivalidad generacional u hostilidad por otros motivos.

Esta mezcla de ansiedades a las que se hizo referencia más arriba puede observarse en el siguiente fragmento del libro “Parten” (2000) de Rosa Garcés, dedicado a su hijo inmigrado a Alemania.

Saldo

Estoy restando días, años
-envejeciendo con un saldo negativo-
de tu figura, de tu voz
de tu silencio.

Aunque sé claramente que viniste de mí para ser tú
es la sangre, la piel, el pensamiento
que destila la distancia.

La foto se pega a los ojos
la almohada al tacto de mis palmas
pero sé que te hice de roble
porque de roble soy.

En el año 1999, se crea en la ciudad de Buenos Aires la agrupación *Padres de Argentinos por el Mundo*, a cargo de Rosa Garcés y Martha S. Parral. Madres desagarradas por el dolor de sufrir la reciente emigración de sus hijos, deciden nuclear a un grupo de padres que atravesaban circunstancias similares a la suya. Desde entonces se reúnen todas las semanas para ofrecer apoyo y contención a aquellos padres argentinos que vieron emigrar a sus hijos a latitudes lejanas. Con la coordinación de la dinámica grupal a cargo de una Psicóloga, la agrupación busca promover la escucha y el intercambio de las experiencias de cada participante. El objetivo es reestablecer un proyecto de vida individual y así lograr un nuevo equilibrio ante el dolor por la pérdida de los hijos. Para Garcés, “el coraje de los que se van es tan grande como el de los que se quedan”.

Por lo visto hasta aquí, es claro que la decisión migratoria no es un hecho aislado. Sus huellas se inscriben más allá del sujeto que emprende la partida y alcanzan la subjetividad de quienes lo rodean, denotando de este modo la complejidad y la extensión del fenómeno.

Sin embargo, una vez atravesada la desorganización y el dolor característicos de esta experiencia, también a aquellos que se quedan se les ofrece la posibilidad de un genuino crecimiento personal y la puesta en marcha de nuevos recursos y modos de afrontamiento.

2.4.2 La transmisión transgeneracional

Otro de los elementos que merece especial atención en el estudio de las migraciones está dado por la historia familiar y las transmisiones transgeneracionales. En este punto también es posible exponer las ideas de varios autores que han adoptado una óptica de lo paradójico y dilemático de la experiencia migratoria.

En primer lugar, se debe diferenciar entre transmisión intergeneracional y transmisión transgeneracional. Evelyn Granjon (1986, citado en Pazos de Winograd, 2003) define a la primera como la transmisión de la historia a través de la palabra, haciendo alusión a la distancia que implica el proceso de simbolización. Por el contrario, la transgeneracional es una transmisión negativa: lo que se transmite son elementos no transformados, no representados, que “invaden el campo psíquico y bloquean la circulación del pensamiento”.

Uno de los aportes a la temática de la transmisión transgeneracional fue realizado por la psicoanalista Graciela Bar, en el II Congreso de FLAPPSIP (Federación Latinoamericana Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y psicoanálisis) celebrado en Buenos Aires en el 2003. Bar expuso acerca de los efectos transgeneracionales de la migración bajo una concepción de la complejidad que rechaza el pensamiento lineal y simplificador en la comprensión de lo singular de cada migración. Admite “lo polifacético” y “lo complejo” como rasgos característicos de lo humano y justifica su afirmación explicando que muchas migraciones pueden representar la búsqueda de un reencuentro con las propias raíces y el intento de elaboración de un desarraigo en generaciones previas. Otras, por el contrario, solo se tratan de “desarraigo puro”. Es la convivencia de tendencias opuestas -la necesidad de raíces y el deseo de errancia- lo que evidencia lo dilemático del ser humano. En palabras de la autora:

Los efectos transgeneracionales son múltiples y hasta pueden ser multifacéticos y paradójicos en una misma persona. A veces las experiencias traumáticas de generaciones anteriores pueden llevar a las actuales a confundir los tiempos de la historia. Por otra parte, las experiencias de migraciones exitosas en generaciones anteriores (...) pueden servir de arraigo, de apoyatura, brindar un modelo y, por identificación, permitir encontrar en sí mismo la fuerza suficiente para decidir o para elaborar la emigración, una vez realizada, dándole un sentido.

Otro de los autores que aborda la relación entre migración y efectos transgeneracionales es Ruth Schwartz (1987), quien hace referencia a los hijos de padres emigrantes como portadores de una “misión imposible”. Por un lado, deben alojar el precepto de sus padres “no seas como yo, sé como mis sueños” y

por el otro, reciben el mandato paradójico: “Si no eres como yo, si no repites mi historia, serás un traidor que destruye mi pasado”. El hijo nacido en tierra extranjera no solo debe continuar a sus padres con tal de recibir la legitimación de éstos, sino también reivindicarlos. Bajo la influencia de exigencias contradictorias e idealizadas de triunfo, éxito e invulnerabilidad, la personalidad de los hijos es moldeada bajo una serie de normas invisibles:

- 1) la imposibilidad de mostrar sufrimiento, dudas o inseguridad, dado que esto podría ser recibido por los padres como una acusación y una derrota de todos sus ideales;
- 2) hay de parte de los padres una intolerancia a la idea de que los hijos van a ser diferentes y estos solo se sentirán legitimados en la medida en que cumplan lo que se espera de ellos;
- 3) algo en el propio “éxito” de los hijos no les pertenece, les resulta ajeno: es en realidad un tributo a los anhelos de los padres.

Asimismo, los sentimientos y vivencias asociados a la experiencia del desarraigo también pueden ser transmitidos de una generación a otra.

La palabra *desarraigo*, dice Piñeiro (2004), significa arrancamiento de la raíz, arrancamiento del hombre de su país o lugar de origen. Posee dos vertientes: una positiva y otra negativa. La primera implica la posibilidad de expansión de los seres y las naciones, aunque en el momento más inmediato es fuente de desasosiego y desestructuración. La segunda alude a las dificultades en los procesos de adaptación que el individuo o los grupos desarraigados se ven llevados a realizar y cuyas consecuencias se perpetúan frecuentemente a través de las generaciones.

En el apartado 2.1 se abordó la relación entre los conceptos de migración y trauma.

En este punto es pertinente retomar la noción de lo traumático para profundizar en la comprensión de los efectos transgeneracionales de la migración. Piñeiro (2004) plantea la paradoja de lo traumático: frente a vivencias que poseen carácter traumático, tales como las guerras, las crisis económicas, muertes, accidentes o situaciones de gran desorganización en la vida de los individuos y sus familias, la idea de migración puede aparecer como un recurso, una tentativa de escape o de hacer de cuenta que “algo doloroso nunca existió”. En muchos casos, a la huida de estas vivencias traumáticas pueden sobrevenir paradójicamente otras formas de trauma que suelen sumarse a las anteriores. Cuando se trata de una migración signada por lo traumático no elaborado, sus efectos suelen teñir las vivencias de varias generaciones. El desarraigo trastoca lo generacional, hace impreciso el orden temporo - espacial y altera el ordenamiento de las etapas que estructuran una continuidad en la vida, modificando el desempeño de roles y el orden natural de protección del adulto hacia los más jóvenes.

Piñeiro sostiene que una situación traumática devastadora puede no ser elaborada por el psiquismo de aquellos que la han vivido, y en la memoria de la siguiente generación puede aparecer como una “existencia presentida”, que por resultar indecible adquiere carácter de intrusividad y favorece la aparición de síntomas vinculados a las dificultades de pensamiento. De este modo, lo traumático no solo resulta innombrable, sino que se constituye en impensable.

Se sabe además que el (Psico)análisis ha permitido rastrear huellas dejadas en los descendientes de los sujetos que enfrentaron una experiencia migratoria de características traumáticas. El sentido de una migración puede resignificarse a partir de la indagación sobre las historias de migración vividas por los ancestros y transmitidas en bruto a los hijos (Bar y Cohan, 2000).

Por lo expuesto hasta aquí, surgen algunos interrogantes.

Qué se entiende cuando se habla de resignificar el sentido de una migración?

Eiguer (1999, citado en Piñeiro, 2004) ensaya una posible respuesta, al describir el “recurso del anapasado” como una de las formas defensivas habituales de individuos y familias frente a la vivencia de desamparo producida por el trauma del desarraigo. Este recurso se pone en marcha con la necesidad de elaborar las vivencias traumáticas y reencontrar un sentido a los hechos, y éstos parecen estar en concordancia con los llevados a cabo por un ancestro, un objeto transgeneracional que provee rasgos para la identificación, para el reencuentro con “lo extraño en el sí mismo”. El hallazgo de un sentido a lo actual permitirá pensar el presente desde una causalidad pasada y admitirá la posibilidad de proyectar hacia el futuro. “Si la deuda con el pasado es demasiado grande, nos impide vivir el presente como tal.”

El segundo interrogante que se plantea es el que lleva a preguntarse cuáles son los contenidos que se transmiten de una generación a otra.

Para Aulagnier, (citado en Bar y Cohan, 2000), lo que se transmite entre padres e hijos son “ideales, aspiraciones, deseos por realizar, además de prohibiciones y mandatos” y todo aquello que garantiza la continuidad del linaje familiar. En este sentido, el hijo hereda los beneficios y al mismo tiempo se convierte en el responsable de un mandato filiatorio.

Los propios cambios de rumbo respecto de la familia de origen pueden ser renegados por una generación y transferidos como imposición a los hijos, quienes deberán saldar la deuda de sus padres respecto

a los padres de éstos. Hay en estos casos un intento de velar las diferencias y desoír la singularidad en el seno de la familia, hacia la búsqueda de mantener una ilusión de armonía y diferir los duelos.

Esto puede ejemplificarse con el film "El casamiento" (cuyo título original en inglés es "East is east"), el cual plantea el conflicto de la pertenencia a dos culturas y el modo en que la familia trabaja para taponar las diferencias, en lugar de elaborarlas. En esta historia, un hombre pakistaní migra a Inglaterra y se casa con una mujer inglesa, con quien tiene 7 hijos. Habiendo abandonado él mismo los preceptos del islamismo de contraer matrimonio con una mujer de su propia cultura, pretende paradójicamente elegir las futuras esposas de sus hijos e imponerles las reglas que él no pudo cumplir. Frente al conflicto, el padre adquiere una posición renegatoria sosteniendo simultáneamente dos términos contrapuestos. Por un lado, abandona su país y celebra casamiento con una mujer ajena a su comunidad y, por el otro, exige a sus hijos una adhesión incondicional a los mandatos musulmanes que él mismo no logró sostener, todo lo cual produce síntomas.

Los aportes de los diversos autores hasta aquí citados posibilitan algunas conclusiones.

En primer lugar, resulta ineludible la idea de que cada migración se inscribe dentro de una particular historia familiar y generacional. Es posible comprender ahora que la sujeción al mandato familiar puede plantearse como una paradoja. Mientras que las experiencias migratorias en generaciones previas, si fueron exitosas, pueden favorecer al sujeto otorgándole un mayor arraigo a sí mismo, en otros casos un antecedente migratorio traumático puede transformar el mandato en una pesada carga, a veces inadvertida para la conciencia del sujeto, que tiende a repetir el trauma de sus antepasados sacrificando sus propios deseos en función de la conservación del linaje familiar y moldeando su personalidad a partir de mandatos parentales contradictorios.

Ante el peligro de quedar atrapado en esta paradoja, la propuesta del Psicoanálisis plantea una alternativa superadora del trauma del desarraigo: la resignificación de los antecedentes migratorios, otorgando un nuevo sentido al presente que "salde" las deudas con el pasado y permita una proyección hacia el futuro. Resignificar la migración implica poner palabras a aquellos contenidos intrusivos, no nombrados ni pensados, que le llegan al sujeto como un legado generacional no simbolizado.

Se resume a continuación una serie de contradicciones que atraviesa el migrante de cara a las vicisitudes transgeneracionales. Estos elementos recuerdan a los aportes de Edgar Morin (a quien se hizo referencia en la Introducción de la presente investigación) en cuanto a su comprensión de la complejidad de los fenómenos como un tejido de componentes heterogéneos que presenta "la paradoja de lo uno y lo múltiple":

- 1) la imposibilidad de hijos de migrantes de responder a mandatos parentales contradictorios, donde responder a un mensaje implica desobedecer el otro;
- 2) la contradicción entre la responsabilidad de asumir los mandatos familiares, que ligan al sujeto a fantasmas del pasado, y la necesidad de dotar el tiempo presente de un sentido nuevo y personal que elimine la repetición de traumas de sus ancestros, como vía de acceso al futuro;
- 3) cuando se trata de un traslado familiar, el contrasentido de conservar la singularidad de la experiencia migratoria de cada sujeto, y a la vez la necesidad de incluir las vivencias de la familia que acompaña al sujeto;
- 4) lo dilemático que se le plantea al sujeto entre su deseo de conservar las raíces y su búsqueda de la errancia y la conquista del mundo, experiencia base del ser humano que engloba todos los elementos anteriores.

3. Migración y país receptor

3.1 La comunidad receptora

El análisis trazado por la presente investigación ha demostrado evidencias suficientes acerca de las numerosas circunstancias que rodean al migrante al llegar al país receptor. Las vivencias de pérdida, desarraigo y falta de amparo, la incertidumbre y las diversas ansiedades confusionales, paranoides y depresivas frente a lo desconocido pueden resultar desorganizadoras en los primeros tiempos y desafían al sujeto en su capacidad de ajuste a la nueva realidad.

A este bagaje que trae consigo el migrante se suma la actitud de la comunidad del país receptor frente a la llegada del extranjero, de modo que las reacciones de dicha comunidad intervendrán en la evolución del proceso de adaptación del recién llegado. El impacto de lo nuevo no solo genera efectos en el migrante, sino también en la comunidad autóctona, la cual se ve cuestionada en su identidad cultural y en sus conductas morales, políticas, religiosas y científicas, debiendo incorporar la "presencia del extraño" (Grinberg, 1984).

Para Grinberg, la actitud del migrante, su personalidad y su posibilidad de proyectar sobre el ambiente buenos vínculos con sus objetos internos influirán en las impresiones y expectativas de la sociedad receptora. Sin embargo, la presencia del migrante resulta de por sí un factor amenazante que puede originar ansiedades persecutorias en el grupo receptor y dar lugar a reacciones xenofóbicas, de exclusión y de hostilidad.

En otras ocasiones, continúa el autor, la llegada del migrante puede ser concebida muy positivamente, al ser revestida en forma inconsciente con una imagen omnipotente e idealizada, atribuyéndole al extranjero cualidades mesiánicas que habrá de utilizar para aliviar el padecer de la comunidad. Naturalmente, el tiempo mostrará que el recién llegado no podrá satisfacer tales demandas y esa actitud inicial de máxima cordialidad puede ser trocada en hostilidad, producto de la desilusión y la traición de haber sido “defraudados”.

Dujovne Ortiz (2002) introduce otra variable: denuncia los frecuentes sentimientos de ambivalencia atracción-rechazo de la comunidad local frente al extranjero, visto como un “ser bifronte, tan indeseable como bienvenido”. Y ejemplifica esta ambivalencia a partir de una situación política de interés actual, del siguiente modo:

Los países ricos adoptan una actitud pendular en relación con estos “invasores”, a la vez atraídos y rechazados, luchando denodadamente contra esa misma inmigración a la que necesitan de manera vital. El colmo de la ambivalencia se observa en Estados Unidos, país que invierte dos mil millones de dólares para construir muros y apostar patrullas policiales en la frontera mexicana. Pero a los que han logrado pasar del otro lado del muro a riesgo de su vida (y los muertos se cuentan por centenas), no hay gobierno norteamericano que por motivos electorales no los corteje.

Grinberg concluye que la búsqueda de un equilibrio en la interacción entre el recién llegado y la comunidad local favorecerá una integración más consistente y segura que evitará la caída en los extremos de idealización y persecución y, vale agregar, prevendrá de nefastas acciones xenofobas frente al extranjero.

3.2 El narcisismo de las pequeñas diferencias

En “El Malestar en la cultura”(1929), Freud explica el conflicto inherente a todo sujeto por estar inserto en la cultura y la necesidad del hombre de satisfacer sus inclinaciones agresivas al formar círculos culturales cerrados que hostilizan a todo aquel que resulte extraño. Paradójicamente, el sujeto que se convierte en el blanco de las tendencias hostiles hace en forma involuntaria un aporte a la cohesión del grupo nativo.

El prójimo, dice Freud, no representa únicamente un posible colaborador, sino que, contrariamente a lo que se podría suponer, también constituye un foco de satisfacción de la propia agresividad, de quien poder aprovecharse sexualmente y a quien ocasionarle humillaciones y sufrimientos. Freud afirma que la cultura debe poner frenos a esta agresión que atenta contra sí misma, por esto debe ser internalizada y alojada por una parte del Yo, constituyéndose en una nueva instancia psíquica: el Superyo. Esta será la conciencia moral que ejercerá contra el Yo la misma severidad que el Yo habría satisfecho en otros ajenos a sí mismo. Aquella parte de la agresión que se dirige al propio Yo genera una tensión entre instancias psíquicas que se manifestará mediante los sentimientos de culpa y la necesidad de castigo. Otra porción se dirige hacia el exterior en busca de descarga. Un núcleo cultural permitirá la satisfacción de esta pulsión por medio de la hostilidad hacia los seres excluidos de dicho núcleo, muchas veces una minoría extranjera. “La solidaridad hacia los pares y el odio hacia lo extraño no son contradictorios sino complementarios. El ser humano que más amor despliegue hacia sus iguales puede ser, en razón de eso mismo, el mayor enemigo de las minorías diferentes.”

En este sentido, queda planteada una nueva contradicción: los individuos necesitan construir la categoría de lo diferente y descargar en ella su agresividad a fines de convivir armónicamente con sus pares.

Freud sostiene que la intolerancia se exterioriza con más intensidad frente a diferencias pequeñas que frente a diferencias fundamentales, fenómeno al que dio el nombre de “el narcisismo de las pequeñas diferencias”.

De este modo, lo distinto parece atentar contra la integridad narcisista del sujeto.

En los sentimientos de repulsión y aversión que surgen sin disfraz alguno contra personas extrañas, con las cuales nos hallamos en contacto, podemos ver la expresión de un narcisismo que tiende a afirmarse y se conduce como si la menor desviación de sus propiedades y particularidades individuales implicase una crítica de las mismas y una invitación a modificarlas. (Freud, 1921)

3.3 La alteridad y lo extranjero

Diversos autores han relacionado la migración con los conceptos de alteridad y diferencia y han analizado las actitudes xenofobas como una evocación del propio conflicto con lo extranjero en uno mismo.

Es inevitable, tanto para el migrante como para los receptores de esas migraciones, encontrarse con diferencias referidas a valores culturales, religiosos y políticos y diversas concepciones acerca de la vida, las relaciones, el trabajo y la muerte.

Al llegar al país receptor, suele sostenerse en el migrante la ilusión de reencuentro con lo conocido y habitual, lo cual puede constituirse en un obstáculo para el descubrimiento de nuevas posibilidades, manteniendo al sujeto en lo que Janine Puget (2006) ha dado en llamar un "pasado eterno". Es entonces cuando suele configurarse una organización binaria que lleva al recién llegado a comparar lo viejo con lo nuevo, lo bueno y lo malo. Esto resulta un indicador de la incapacidad de concebir la alteridad y sostener las diferencias. A ello sigue que debe ser básico a todo proceso migratorio el reconocimiento de la ajenidad.

La experiencia migratoria, continúa Puget, implica un enfrentamiento permanente con la ajenidad de lo desconocido, durante el cual se activa el desamparo originario y el sufrimiento por el sentimiento de extranjerización inherente al propio sujeto. Con la pérdida de la certeza de habitar un espacio de pertenencia que se creía ilusoriamente estable y sólido, aparece una inquietud y una extrañeza que la permanencia en el espacio conocido le había permitido desmentir.

Gomel et al (1991) introducen la importancia del reconocimiento de las diferencias como vía de acceso a una lograda elaboración del trauma migratorio.

A partir del análisis freudiano de la cultura, se asentó la idea de que existe un conflicto irresoluble entre las exigencias pulsionales y las demandas socioculturales. Este desencuentro inevitable entre el deseo y el imaginario social, afirman Gomel et al, es fuente de angustia y a la vez impulsor de creatividad. La potencialidad humana de la creatividad encuentra en la insatisfacción un motor importante que induce a traspasar los márgenes de la repetición y la semejanza. Con el traslado a un lugar distinto, se quiebra la consonancia del individuo con la cultura en la cual estaba inmerso: "la experiencia de desarraigo se contrapone con el anhelo narcisístico de continuidad, estabilidad y amparo". Se da una pérdida de los referentes culturales y una confrontación abrupta con las diferencias y la carencia. El espejo cultural de su nuevo hábitat devuelve al migrante una imagen de sí mismo diferente respecto de su identidad hasta entonces constituida. La diversidad cultural impone un límite y rompe la fantasía de plenitud, conduciendo al migrante a vivenciar en los primeros tiempos una experiencia de desposesión y pérdida durante la cual puede sentir que no tiene espacio en ninguna parte.

A esta pérdida de referentes básicos culturales se le atribuye una potencialidad traumática cuyo impacto requiere ser procesado psíquicamente. El migrante puede manejar entonces la situación traumática desde opciones defensivas o bien elaborativas. Las tendencias defensivas pueden acarrear la desmentida de la realidad, la idealización del lugar perdido y el encubrimiento de las diferencias. Ante la angustia que le provoca el hecho de no sentirse inserto en una trama que le otorgue un lugar dentro de un grupo de semejantes, el individuo llega hasta la sumisión y el sometimiento a los nuevos códigos, y frente a la necesidad de reinstaurar la ilusión de coincidencia con los otros constituirá una identidad sobreadaptada. En otros casos, el migrante logra desplegar posibilidades de elaboración de la situación traumática, resignificando y contextualizando los referentes de su pasado, y es capaz de reconocer las diferencias entre viejas y nuevas significaciones. Es a partir de la capacidad de incluir lo novedoso, concluyen Gomel et al, que el migrante logrará sentirse partícipe del nuevo contexto.

Calzetta (2004), por su parte, concibe la alteridad como un modo de reconocimiento del deseo del otro y alerta acerca de sus posibles efectos en el plano de la exclusión y los sentimientos de hostilidad.

Este autor afirma que el Yo presenta grandes dificultades para aceptar el hecho inevitable de la alteridad del objeto. El Yo debe asumir el límite de que hay una distancia insoslayable entre el deseo del otro y el propio. Y aquí surge el recurso yoico de la tendencia al dominio como solución transaccional. En palabras del autor: "si ya no es posible sostener que se es el objeto, al menos queda el consuelo de que se lo domina (...) Quien domina (...) pretende desmentir la posibilidad de existencia de un deseo diferente en el otro".

Según Albert Memmi (citado en Dujovne Ortiz, 2002), el racista destruye en el otro lo que quisiera destruir en sí mismo, atribuyéndole sus propios pecados. "Pero la vehemencia del alegato y el exagerado oscurecimiento del otro lo traicionan tanto como una confesión".

El miedo o la ignorancia de otra cultura sería una de las reacciones defensivas ante el miedo o la ignorancia para con el extranjero en sí. (...) Lo que es bueno, lo es necesariamente porque es conocido, luego idealizado y fetichizado secundariamente. Lo que es malo deriva de lo desconocido interno, y luego externo. (Eiguer, 2002).

En un artículo publicado en el Diario "La Nación" en Febrero de 2006, Tomás Eloy Martínez enriquece la noción de *raza*, concebida tradicionalmente como la pertenencia a un grupo humano discernible por el color de la piel, por los rasgos genéticos y por la cultura. Introduce la idea de que "junto a lo que somos

hay otros o un otro cuya condición es humana, pero con el que poco tenemos que ver, como sucede con dos círculos que no se tocan. Con frecuencia ese otro, por ser desconocido, es también temible. La historia demuestra que tal temor se resuelve a través del conflicto, de la guerra. Se anula lo que no se nos parece, se extermina lo que se teme.”

Este razonamiento de Martínez simplifica una situación muy compleja, pero permite vislumbrar el punto de partida de algunas de las peores tragedias que han denigrado a la especie: las guerras de religión, el sacrificio de las minorías, la esclavitud, la tortura y los crímenes que se cometen en nombre de Dios o de doctrinas e ideologías que se imaginan superiores a las otras.

A modo de cierre, resulta pertinente citar a Soto González (1999), quien da cuenta de la existencia de una paradoja que está presente en la fuente de todas las culturas, y consecuentemente, en la base de la experiencia subjetiva del migrante: la contradicción del doble precepto de unidad/diversidad.

“Complejo es el deber de defender las singularidades culturales al mismo tiempo que promovemos hibridaciones y mestizajes, pues comporta acciones simultáneamente complementarias y antagónicas. La meta consiste en un “integrar sin desintegrar”.”

3.4 La hospitalidad

“Un día comprendí que, de todas las cosas, la más importante para mí era cómo me definía a mí mismo en tanto extranjero... Entonces me di cuenta de que el extranjero, en su vulnerabilidad, solo podía contar con la hospitalidad que otros podían ofrecerle”.
Edmond Jabès

Jacques Derrida (1997) vincula la migración con el concepto de hospitalidad en relación a la pertenencia y ocupación del espacio público, introduciendo “una dimensión ética al tomar conciencia de la existencia del otro, de la alteridad y ajenidad del otro” (Puget, 2006).

En su interpretación de la obra de Derrida, Puget afirma que se necesita tanto que el huésped (hostis) como el anfitrión (habitante-ciudadano) se esperen mutuamente para que se inicie un proceso de hospitalidad. Por la presencia del extranjero, se construirán nuevos espacios de reclusión, nuevos adentro-afuera. Para estos autores, la hospitalidad conlleva la idea de que durante el proceso de acogida del extranjero -quien es pura alteridad ante los ojos de quien lo recibe- tanto el huésped como el anfitrión deberían ser capaces de establecer las pautas del nuevo encuentro. Esto implica la puesta en juego de la solidaridad, como un nuevo modo de convivencia donde ambas partes deben renunciar a algo para alojar al otro.

Sin embargo, continúa Puget, parece haber en muchos casos una incapacidad de crear este espacio común, lo cual lleva a una obstaculización en el proceso de hospitalidad. Dicha incapacidad está dada por dos grandes factores. Por un lado, cierta tendencia en el anfitrión a desmentir las dificultades propias de alojar lo ajeno, y por el otro, la necesidad en el migrante de negar parte de su pasado, resignando la posibilidad de capitalizar el aporte enriquecedor de la suma de experiencias novedosas. Se parte en muchos casos del presupuesto de que el migrante debe perder rápidamente su condición de tal, renunciar a su doble pertenencia a dos culturas y olvidarse de sus orígenes, con tal de asimilar el nuevo contexto. Sin embargo, concluye la autora, la clave no está en perder la condición de anfitrión y la de huésped sino en realizar un “trabajo en común”.

Como se adelantó en el apartado introductorio del presente trabajo, desde las nuevas concepciones espaciales y subjetivas se han ido desechando los modelos de la modernidad que atribúan a toda estructura reglas de funcionamiento estables y conexiones de causalidad lineal, todo lo cual permitía pensar en cierto grado de previsibilidad de los fenómenos y en cierta ilusión de solidez. La representación de estructuras sólidas ha cedido lugar a nuevas propuestas que, desde distintos contextos científicos, admiten “la regularidad de lo imprevisible”. Los nuevos espacios son pensados como medios líquidos (Bauman, 2000), siendo cada época y región generadora de sus propias cualidades de incertidumbre. Este concepto trabajado por Puget, Bauman y muchos otros autores puede ser trasladado a la noción de migración, a fines de comprender los distintos grados de inquietud, perplejidad y falta de certezas que atraviesa un migrante con la llegada a un nuevo país. La noción de pertenencia transferible de un espacio a otro, sostenida durante la modernidad, ha evolucionado a una nueva concepción de pertenencia que se entiende como aquello que une al sujeto a un conjunto determinado: la pertenencia se construye al hacer “algo en común” con el otro.

Esto implica, inevitablemente, otro sentido de la “morada” y de estar en el mundo. La morada debe ser concebida desde esta perspectiva como un “hábitat móvil” (Chambers, 1994) donde el tiempo y el espacio ya no constituyen estructuras fijas y cerradas.

Homelessness, dice Martin Heidegger (1977), se está convirtiendo en el destino del mundo.

3.5 Lo siniestro

"El extranjero te permite ser tú mismo, en tanto hace de ti un extranjero".
Edmond Jabès

Hasta aquí se han abordado diversos conceptos que enriquecen la comprensión del vínculo entre el migrante y la comunidad receptora, incluyendo las nociones de alteridad, exclusión y hospitalidad, entre otras.

Se sabe que el extranjero representa la constante incertidumbre y la otredad; es una presencia persistente de esa "otra cara" que obliga al ser humano a confrontarse con un extrañamiento que se resiste a ser eliminado.

Ahora bien, cuáles son las raíces de tal extrañamiento y cómo influye esto en la integración del migrante a la comunidad receptora?

Uno de los mayores legados del Psicoanálisis proviene de la inquietante idea de que en la subjetividad humana coexiste, junto a lo familiar, un vasto campo de significados desconocidos que llevan al sujeto a extrañarse de sí mismo. Muchas de las conductas y emociones del sujeto no encuentran una explicación en el orden de lo racional o lo dado a la consciencia, produciendo desconcierto e incertidumbre. De este modo, el concepto de lo *inconsciente* exige conceder que el comportamiento humano está multideterminado por diversas fuerzas e instancias psíquicas contrapuestas, entrelazadas de un modo complejo. Solo una exploración de las profundidades de la subjetividad humana permitirá develar la singularidad de la trama que caracteriza a cada ser humano, y hacer retornar a la consciencia aquello que debió ser relegado al campo de lo inconsciente.

En su artículo acerca de "Lo Siniestro" (1919), Freud echa luz acerca de este extrañamiento potencial que existe en cada sujeto. Introduce el concepto de "lo Unheimlich" como la transformación de lo familiar en lo opuesto, en algo extraño, ominoso y destructivo, lo cual genera incertidumbre y desconfianza (Lutenberg, 2002).

Lo siniestro (unheimlich) refiere a objetos o situaciones que ahora espantan, pero que antes fueron conocidos y familiares (heimlich). Por lo tanto, aquello muy conocido o familiar puede aparecer, bajo ciertas circunstancias, como aterrador y desconocido. Freud agrega que el concepto de Unheimlich, dadas sus múltiples acepciones, también debe ser entendido como todo lo que debería haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado. (Aguinis, 1987)

Relacionando los aportes de Freud al fenómeno migratorio, es entonces factible suponer que los sentimientos de extranjerización impulsados por la inquietante presencia del otro confrontan al sujeto con lo siniestro en sí mismo, es decir con aquello que, en lugar de quedar oculto, se manifiesta a partir de la presencia de lo diferente: el nuevo contexto, el nuevo idioma, las nuevas personas y costumbres. Tanto para el migrante como para el ciudadano de la comunidad receptora se pone en juego lo extranjero en sí mismo, hasta entonces oculto, a partir del contacto con la otredad.

En este sentido, se puede concluir que el modo particular de elaborar las vicisitudes de este encuentro dependerá de la capacidad del sujeto de admitir su propia alteridad y aceptar que será siempre, desde el concepto de lo inconsciente freudiano, un exiliado de sí mismo.

En definitiva, tal como afirma Julia Kristeva (citado en Chambers, 1984): "El extranjero (...) empieza a emerger con la conciencia de mi diferencia y concluye cuando todos nos reconocemos como extranjeros".

4. Migración de retorno

"Quien emigra una vez se convertirá en cierta forma, en extranjero de por vida."
Gian Franco Nicolussi

Sorpresas y extrañamiento, dolor y nostalgia, euforia y temor, cavilación y nuevas pérdidas. La migración de retorno despierta una multiplicidad de emociones ambivalentes que la colocan en un rango de conmoción psíquica similar a la que tiñe al sujeto en la migración de ida.

La elaboración de la migración de retorno puede ser tan compleja como la migración primitiva, conllevando una alta vulnerabilidad a nivel personal y familiar. Tanto para quienes migraron voluntariamente como para los exiliados, la decisión de retornar al país de origen comporta ciertas dificultades. La posibilidad de regreso luego de un prolongado tiempo de añoranza de reunirse con los afectos y objetos de la cultura materna conduce a la vacilación y a la ambivalencia. Nos encontramos con el "desgarro del desexilio" o la "herida del regreso". (Grinberg, 1984)

Uno de los dilemas característicos de esta etapa se da cuando la consciencia de los logros alcanzados y los obstáculos superados luego de enormes esfuerzos en el país receptor se contraponen con el anhelo de recuperar la ligazón con la madre patria, la cultura, el idioma, los afectos lejanos.

Ante la posibilidad de retorno, el sujeto parece experimentar la amenaza de perder todo aquello que había obtenido. Paradójicamente, cumplir el ansiado deseo de regresar a la patria -objeto de una profunda nostalgia- que le otorgó la identidad en los primeros años, implica una vez más, volver a perder.

Dujovne Ortiz (2002) entiende la migración como un definitivo camino de ida, y habla de "un lugar al que no se vuelve". Para esta autora, no hay regreso posible dado que el abandono del lugar de origen no solo tiene que ver con el espacio sino también con el tiempo. El país que se comienza a añorar luego de la partida es ya del pasado. Al volver a él, ya no es el mismo "y su cambio nos defrauda como una traición". Y sugiere la importancia de saber que al partir, nunca se vuelve: siempre se va.

Grinberg (1984), si bien admite la singularidad de la experiencia de retorno al país de origen de acuerdo a una multiplicidad de variables (tales como la personalidad del sujeto, el tiempo de ausencia y las motivaciones involucradas en el regreso, entre otras), encuentra como factor común a todas las situaciones de retorno su cualidad de constituirse en una nueva migración. Y al igual que Dujovne Ortiz, relaciona la migración de retorno con la temporalidad. Este autor, como se indicó en el apartado 2.3.1, reconoce al vínculo de integración temporal como uno de los elementos primordiales que hacen a la constitución de la identidad, otorgándole la base de continuidad en el tiempo a la representación de sí mismo.

Cuando el migrante regresa a su país, posee la ilusoria esperanza de un reencuentro con las personas y objetos en el mismo estado en que se las había dejado años atrás, como si el tiempo se hubiese detenido con la propia partida.

Una investigación realizada por el Centro de Opinión Pública de la Universidad de Belgrano en el 2002 (citado en Casals, 2005), recoge las declaraciones de entrevistados que afirman que el dolor del desarraigo impide mantener una distancia óptima respecto del país de origen, llevando a la vivencia subjetiva de simultaneidad de tiempos y espacios. Así, el migrante vive con el "reloj" puesto a la vez en el país receptor y en el país de origen.

La realidad del retorno, prosiguiendo con Grinberg, confronta al sujeto con los cambios producidos en las personas, los hábitos, los nuevos giros idiomáticos del lunfardo, las calles y los paisajes, todo lo cual lo hará sentirse como un verdadero extraño en su propia patria. Ni unos ni otros, los idos retornados ni los que se quedaron, son los mismos. El reencuentro conlleva un atravesamiento de sentimientos ambivalentes sufridos por el impacto de la separación, así como la necesidad de afrontar los duelos por las cosas que ya no son como antes y reconstruir los vínculos ante una realidad diferente. Los términos se invierten: el país de origen se convierte en extranjero, mientras que el país receptor que albergó al inmigrante se hizo familiar. Esto explica las frecuentes resistencias a iniciar la experiencia de retorno, como si se tratara de una nueva migración.

La sensación de ser un extranjero -característica de esta fase- y las vivencias de extrañamiento frente a un mundo al que se creía conocido, recuerda a la definición de lo "Unheimlich" de Freud para referirse a lo siniestro (ver apartado 3.5).

Chambers (1994) relaciona la migración con la espacialidad y alerta de un nuevo hábito de la cultura posmoderna que exige vivir entre mundos y en permanente tránsito.

El viaje implica movimiento entre posiciones fijas, un lugar de partida, un punto de llegada, el conocimiento de un itinerario. Y entraña asimismo un eventual retorno, una posible vuelta a casa. La migración, en cambio, implica un movimiento en el que el lugar de partida y el punto de llegada no son inmutables ni seguros. Exige vivir en lenguas, historias e identidades que están sometidas a una constante mutación. Siempre en tránsito, la promesa de una vuelta a casa -completar la historia, domesticar el circuito- se vuelve imposible.

Hasta aquí se han destacado entonces dos puntos nodales que caracterizan toda experiencia de retorno:

- 1) una ambivalencia previa a la toma de decisión de retornar, como representación de una vacilación entre los lazos que unen al sujeto al país de origen y al país receptor; entre el pasado y el presente;
- 2) una sujeción "de por vida" a la vivencia de extranjerización de uno mismo y de "no ser de ningún sitio", aún habiendo realizado la migración de retorno, dado que no hay retorno posible sino un permanente devenir.

Conclusiones

Una vez completado el recorrido a lo largo de estas páginas acerca de la complejidad de los fenómenos migratorios y su incidencia en la subjetividad del migrante, puede sorprender al lector que el final lo reconducirá al comienzo.

Al principio del presente trabajo, el objetivo residió en hacer de la complejidad el desafío, no la respuesta. Para ello se tomó como marco conceptual:

- 1) el Paradigma de la Complejidad, a fines de incluir la importancia de abordar las contradicciones, paradojas y ambigüedades a la hora de desenmarañar la trama migratoria, y
- 2) la teoría psicoanalítica de Sigmund Freud, haciendo especial énfasis en su aporte a la comprensión de la singularidad de la experiencia de cada sujeto desde el concepto de serie complementaria, y con ello apoyar la importancia de la dialéctica entre la singularidad y la otredad que caracteriza la experiencia del migrante.

Con el objetivo de plasmar la complejidad en un plano abarcable para la comprensión del lector, se incluyó en el presente análisis la relación de la migración con algunos conceptos que se han considerado ineludibles en la aproximación a la subjetividad del migrante. Sin embargo, se sabe que no hay perspectivas absolutas ni observadores omniscientes, sino múltiples narrativas desde la singularidad de cada investigador, dada por su historia individual y el entorno histórico y cultural que lo rodea. Por esto, el estudio de la complejidad de los fenómenos migratorios no pretende acabar en ninguno de los ítems abordados en esta investigación, puesto que implicaría un intento ingenuo de reducir la complejidad a un número limitado de conceptos y eliminar la posibilidad de explorar nuevas dimensiones. Se dará por logrado el objetivo del presente trabajo en la medida en que haya abierto espacios de vacío e incertidumbre en el lector, desafiándolo en su capacidad de interrogarse más que en su afán de hallar respuestas concluyentes.

El presente análisis comenzó con la definición del concepto de migración en el marco de la era posmoderna y las sociedades contemporáneas signadas por la globalización, con el objetivo de plantear la complejidad de objeto de estudio en función de la complejidad del marco socio-político e histórico circundante. Luego se puntualizó la multideterminación de las motivaciones manifiestas y latentes que impulsan la decisión migratoria y su potencial traumático a partir del eslabonamiento de la partida con elementos de la serie complementaria del sujeto. Desde este punto se desterró en forma definitiva la posibilidad de adoptar exclusivamente una perspectiva lineal: este fenómeno solo será comprensible si se toma en cuenta la singularidad de la trama psíquica constituida desde la temprana infancia. El pensamiento simplificador es, en este sentido, un elemento más, incluido dentro de las múltiples dimensiones que admite el pensamiento complejo.

A continuación, se abrió el juego a la multiplicidad de salidas posibles a la crisis migratoria, capaz de hacer su aporte enriquecedor a una personalidad en evolución, así como de poner en riesgo la salud mental del migrante y conducir al padecimiento de patologías físicas y psíquicas. Las somatizaciones, las vivencias de desamparo, la rigidificación de las defensas y las patologías de la identidad se cuentan entre las reacciones más características.

Más adelante, se acentuó la importancia de la singularidad en la elaboración de los duelos por las numerosas pérdidas y renuncias que debe atravesar el migrante. Esto llevó a concluir que el proceso de duelo migratorio está signado por numerosas contradicciones, tales como la ambivalencia entre la idealización y la denigración del país de origen y el país receptor, y el dilema entre la negación de la patria perdida y la necesidad de fusión con el nuevo entorno.

A continuación, se destacó la importancia de los fenómenos migratorios en los traslados familiares y la incidencia de la partida del migrante en el grupo de pertenencia que permanece en el país de origen. Asimismo se puntualizó las transmisiones transgeneracionales de experiencias migratorias vivenciadas por generaciones previas como un buen ejemplo de las paradojas que suponen los mandatos parentales heredados, a riesgo del naufragio del proyecto vital y la libertad de acción de los hijos de migrantes.

El desarrollo de la investigación continuó con la comprensión de la dinámica que se establece entre el migrante y el país receptor, dando suficientes razones para afirmar que la incidencia de la migración alcanza tanto a quien llega a un país en su calidad de extranjero como a quien debe adoptar el rol de huésped del recién llegado. La dialéctica entre la unidad y la diversidad y los efectos de la extranjerización se analizaron desde varios autores, entre los que se destacan los conceptos freudianos del narcisismo de las pequeñas diferencias y lo siniestro, así como la noción de hospitalidad de Jacques Derrida.

El último ítem abordado hizo referencia a la migración de retorno. Se incluyeron los aportes de diversos autores que sostienen que el ansiado "regreso a casa" del migrante, como modo ilusorio de cerrar el circuito de la migración, presenta una complejidad de igual envergadura a la de la migración inicial, haciendo del migrante un extranjero de por vida.

Por todo lo expuesto, es factible arribar a las siguientes conclusiones:

- La complejidad de los fenómenos migratorios y sus incalculables alcances en la subjetividad del migrante hacen necesario un abordaje desde el pensamiento complejo, a fines de integrar las múltiples dimensiones que entran en juego en este fenómeno. Esto implica suponer que los conceptos tomados para esta investigación, tales como trauma, crisis, duelo y efectos transgeneracionales, entre otros, son solo algunos de los que configuran la trama migratoria. Esto hará necesario repensar -desde la perspectiva de los profesionales de la Salud Mental- un abordaje integrador de la singularidad del caso por caso, a la hora de proveer de asistencia clínica a individuos y familias que se disponen a iniciar un proyecto migratorio o que ya atraviesan dicha experiencia. Una actitud preventiva permitirá al sujeto migrante tomar consciencia de la magnitud de la experiencia que habrá de iniciar y desarrollar recursos propios de afrontamiento que, en lugar de negar la complejidad, le permita integrarla como parte de la realidad cotidiana.
- Uno de los rasgos característicos en la experiencia subjetiva de todo migrante está dado por la preeminencia de contradicciones, paradojas y situaciones de ambivalencia que lo impregnarán desde el mismo momento de tomar la decisión de partir, poniendo a prueba su estabilidad psíquica. El sinnúmero de conflictos que deberá resolver el migrante representa en última instancia el conflicto interno entre el deseo y la prohibición que marca la lucha fundante del sujeto con la cultura. Todo dilema del migrante parece encontrar su fundamento en el conflicto inherente a la condición humana: desde que nace, el hombre debió exiliarse de su naturaleza pulsional constitutiva a fines de incorporar la cultura y vivir en sociedad, perpetuándose de allí en más la dialéctica entre deseo y prohibición que le dará la impronta insoslayable de ser humano.

Si las contradicciones se hallan en la base de su constitución, se hace fundamental propiciar en cada sujeto el potencial creativo a fines de encontrar una salida singular y superadora de las paradojas.

En este sentido, resolver los conflictos propios de la experiencia migratoria será para el sujeto una tarea tan íntima como la de preguntarse por su condición de humano.

- La presente investigación ha permitido demostrar, además, que los alcances de los fenómenos migratorios van más allá de la experiencia subjetiva individual. En la era de la globalización, signada por la impronta de la incertidumbre, la velocidad de los cambios y la movilidad geográfica sin fronteras, se desdibujan peligrosamente las nociones de mismidad y alteridad. Las culturas son llevadas a los límites de la exclusión y la xenofobia, en su lucha por conservar su identidad local frente a la amenaza de lo extranjero. La dialéctica de lo mismo y lo otro y la necesidad de "integrar sin desintegrarse" resultan uno de los mayores desafíos que las sociedades posmodernas habrán de plantearse.

Reconocerse a sí mismo en calidad de extranjero y admitirse como un exiliado de sí mismo de por vida será el primer paso para el reconocimiento de las diferencias y la heterogeneidad respecto de los otros. Consecuentemente, esto hará de la integración del migrante a la comunidad local un proceso enriquecedor, tanto para la personalidad del recién llegado como para los individuos de la cultura receptora.

- El anhelo de libertad y errancia y su contrapartida en la necesidad de conservar las raíces será siempre uno de los mayores dramas del ser humano. Ante esta realidad, los pensadores actuales redefinen los conceptos de morada y sentido de pertenencia, postulando que el hombre posmoderno, siempre en tránsito, está sometido a un constante cambio de habitats, donde no hay retorno posible sino un permanente devenir. Con ello se hace evidente que las migraciones actuales están definiendo globalmente una nueva modalidad de estar en el mundo: mutable, imprevisible y fluctuante.

He aquí el desafío de la complejidad: abarcar las múltiples dimensiones del fenómeno migratorio implica preguntarse por nuevas formas de definir el destino del hombre.

Referencias bibliográficas

- Alsina, M. (fecha de acceso: 2006, 13 de octubre). Por qué interculturalidad? Revista Interacción No. 25. [En Red]. Disponible en: <http://interaccion.cedal.org.co/25/interculturalidad.htm>
- Bar de Jones, G.; Cohan, G. (Noviembre 2000). Conflicto y contexto en los procesos migratorios. Presentado en I Congreso de FLAPPSIP (Federación Latinoamericana de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis). Chile.
- Bar de Jones, G. (2001). La migración como quiebre vital. Presentado en II Congreso Argentino de Psicoanálisis de Familia y Pareja. Buenos Aires.
- Bar de Jones, G. (2002). Avatares de la Identidad. Emigración, exilio, destierro. Presentado en XXV Encuentro de Discusión y XX Symposium Civilización y Barbarie. Buenos Aires.
- Bar de Jones, G. (Mayo 2003) El Psicoanálisis en tiempos de crisis. Taller teórico clínico Argentina-Perú. Migración, éxodo y exilio. Presentado en II Congreso de FLAPPSIP. Buenos Aires.
- Bar de Jones (Fecha de acceso: 2005, 17 de octubre). Y si emigramos?94, [Babelpsi.com.ar](http://www.babelpsi.com.ar). [En red]. Disponible en: http://www.babelpsi.com.ar/textobiblioteca/y_si_emigramos_94.pdf
- Bauman, Z. (2005). Vida líquida. Barcelona: Paidós.
- Blanck-Cerejido, F. (Fecha de acceso: 2005, 22 de octubre). Del Exilio. Psicoanalistas rioplatenses radicados en México, [Psiconet.com](http://www.psiconet.com). [En red]. Disponible en: <http://www.psiconet.com/mexico/articulos/art19.htm>
- Calzetta, J. J. (2004, Marzo). Paradojas de la soledad. Actualidad Psicológica, año XXIX, 317, 11-13.
- Carlisky, N.; Kijak, M. (1998) La influencia de la migración sobre la mente del analista. En N. Carlisky (Ed). Vivir sin proyecto. Psicoanálisis y sociedad posmoderna. Buenos Aires: Editorial Lumen.
- Casals, M. S. (2005). Migrar: "volver a nacer". Tesina de grado. Universidad de Belgrano. Buenos Aires. Argentina.
- Chambers, I. (1994). Migración, cultura, identidad. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Derrida, J. (2006) La hospitalidad. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Dujovne Ortiz, A. (2002) Al que se va. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Eiguer, A. (2002) El falso self del migrante. Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, 28, 63-79.
- Eloy Martínez, T. (2006, 25 de febrero). El racismo de nunca acabar. [Lanacion.com.ar](http://lanacion.com.ar). [En Red]. Disponible en: http://buscador.lanacion.com.ar/Nota.asp?nota_id=783687&high=racismo%20acabar&aplicacion_id=4
- Freud, S. (1917 [1915]). Duelo y melancolía. Obras Completas. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. Obras Completas. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1930 [1929]). El malestar en la cultura. Obras Completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Garcés, R. (2000). Parten. Buenos Aires: Libros de Tierra Firme.
- Garcés, R. (2003). Padres que se quedan: qué le pasó a los padres que vieron emigrar a sus hijos. Buenos Aires: Dunken.
- García Canclini, N. (1999). La globalización imaginada. Buenos Aires: Paidós.
- Gomel, S.; Gutman, J.; Rojas, M. C.; Sternbach, S. (1991) La inscripción de lo transcultural en el psiquismo individual. Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Tomo XIV, 1-2, 155-165
- Grinberg, L.; Grinberg, R. (1980) Identidad y cambio. Buenos Aires: Paidós.
- Grinberg, L. y Grinberg, R. (1984) Psicoanálisis de la migración y el exilio. Madrid: editorial Alianza.
- Korenblum, S. (2003). Familias en tránsito. Las mudanzas y su impacto familiar. Buenos Aires: Editorial Lumen.
- Laplanche, J.; Pontalis, J. B. (1996). Diccionario de Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Lipovetsky, G. (1986). La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Morin, E. (1984) Ciencia con consciencia. Barcelona. Editorial Anthropos.
- Pazos de Winograd, M. I. (2003). Transmisión psíquica y trans subjetividad. En M. I. Pazos de Winograd (Ed.). Migración, salud mental y cultura. Buenos Aires: Del Candil.
- Piñeiro, O. (2004, Julio-Septiembre). Desarraigo. Revista de Psicoanálisis, tomo LXI, 3, 743-753.

- Puget, J. (Fecha de acceso: 2006, 16 de febrero). Ocupar nuevos espacios en territorios desconocidos. Migración. [Babelpsi.com.ar](http://www.babelpsi.com.ar). [En Red]. Disponible en: <http://www.babelpsi.com.ar/textosbiblioteca/puget-ocupar-nuevos-espacios-en-territorios-desconocidos.pdf>
- Real Academia Española (1983). Diccionario Manual e ilustrado de la lengua española (3ª. Ed). Madrid: Espasa-Calpe.
- Schwarz, R. (1987, Septiembre). Migración y desarraigo. Su influencia en los conflictos de la familia y de la pareja. Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo, tomo LXI, 2-3, 177-189.
- Soto González, M. (1999) Edgar Morin. Complejidad y sujeto humano. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid. [Cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com). [En Red]. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=7322>
- Villanueva Pascal, J. (Fecha de acceso: 2006, 13 de octubre) Sobre la complejidad en torno a Edgar Morin. [En Red]. Disponible en: http://www.geocities.com/nonopp_99/ilos_educ/Morin_complejidad.htm
- Winnicott, D. (1993). La capacidad de estar solo. En Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Buenos Aires: Paidós.
- Yampey, N. (1982) Migración y transculturación. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- Yelin, C. (2003). Emigrar. En busca de un espacio de amparo. Buenos Aires: Ediciones Granica.

